

42

to Mackenna Subercaseaux

# LUCHAS POR EL ARTE



Soc IMPRENTA-LITOGRAFIA "BARCELONA"  
SANTIAGO-VALPARAISO

==== 1915 ====

Alberto Mackenna Subercaseaux

---

---

# Luchas por el Arte

---



---

Soc. IMPRENTA-LITOGRAFIA "BARCELONA"  
SANTIAGO-VALPARAÍSO

1915

---

---

# DEDICATORIA



**A la memoria de mi esposa, señora Rita Walker de Mackenna.**

He recopilado en tu memoria estas páginas que encierran la historia de una época de mi vida en la que yo luchaba, con juvenil ardor, por un ideal de belleza y en la que tu, cerca de mi, alentabas mis esfuerzos con el calor de tu brillante inteligencia.

En nuestras conversaciones en aquel sitio del Parque Forestal, donde juntos vimos levantarse un monumento a las bellas artes, yo te dije alguna vez que el arte era una fuente de consuelos.

"Yo me voy a ir pronto" me respondiste; tu vas a necesitar ese consuelo.....

Tu te fuiste..... y yo, en los días amargos, he ido solo muchas veces a aquel sitio..... No sé si ahí he encontrado consuelo; pero si me he sentido más cerca de ti experimentando, de nuevo en mi espíritu las mismas emociones de arte que, en otro tiempo, sentíamos juntos.....

**Alberto Mackenna S.**

Septiembre—1915.

## El Origen del «Museo de Copias»

Conferencia en el Ateneo de Santiago el Lunes 22 de Mayo 189

---

Señoras, señores:

«Me cabe el honor de proponer a vuestro ilustrado criterio un sencillo proyecto: el de fundar en nuestra capital un Museo de Copias de las obras maestras del arte antiguo y moderno. Es esta una obra cuya realización es en extremo fácil y sus resultados pueden ser tan hermosos como útiles.

Me figuro, señores, que vosotros debéis sentir interés por el progreso artístico de nuestro país, y vais a mirar con simpatía este proyecto.

Vuestra sola reunión en este sitio, destinado a fomentar las manifestaciones intelectuales, es ya una señal de amparo para toda idea de progreso.

Me permitireis, señores, una ligera digresión antes de daros a conocer los detalles materiales del proyecto. Es una modesta página de viajero que os mostrará el origen y las ventajas de esta obra.

Recuerdo un día, del año último, en que nos encontrabamos reunidos en Roma un grupo numerosos de compatriotas, entre los cuales, no faltaba alguna distinguida personalidad de nuestro mundo político y donde había una mayoría entusiasta de muchachos.

Por una feliz coincidencia, muy natural, por otra parte, hallándose en Roma, todos estábamos aquel día bajo una misma impresión de espíritu: veníamos de visitar los magníficos Museos del Vaticano, en donde están acumulados, con opulenta profusión, los tesoros más valiosos del arte griego y romano.

Casi todos éramos profanos a estas manifestaciones de la belleza, y sólo aquel día nos agrupábamos en las puertas del Vaticano, para recibir nuestro bautismo en este divino culto del arte.

Desde entonces, no hubo entre nosotros sino un mismo sentimiento, una misma idea: todos estábamos uniformados mediante el poder de una emoción que sentíamos con igual intensidad.

Ésta simpática comunidad del sentimiento había tendido entre nosotros un lazo de estrecha amistad, de esa noble amistad fundada en el arte que, en Roma, ha unido siempre a los hombres de todos los países, y de todas las religiones.

Una dulce sensación, hasta entonces desconocida para nosotros, nos hacía sentirnos más felices y nos levantaba el espíritu mostrándonos la visión de lo ideal. Nos desprendíamos de las preocupaciones materiales para vivir como en un sueño.

Era Roma, con todo el poder de sus recuerdos, la que principiaba entonces a revelársenos; ella elevaba a los profanos hasta la altura de los artistas.

Roma principiaba a dejarnos entrever los primeros resplandores que arroja el espíritu antiguo sobre la vista deslumbrada del hombre moderno.

Fué allí, entre los fulgores del pasado, y en medio de los escombros y de las ruinas de las grandes épocas de la historia, donde lució la aurora de nuestro despertar a las elevadas emociones de lo bello.

En esos momentos de éxtasis, de misticismo artístico, nuestro pensamiento, muchas veces se apartaba de Roma, como buscando un sitio contrario al arte en donde pudiéramos reposar un

instante nuestro espíritu, para poder seguir esta excursión a través del genio de los siglos.

No os estrañareis, señores, si os digo que este sitio ajeno al arte, este polo negativo, destinado a detener las corrientes del espíritu por la región del ideal, lo encontrábamos, triste, es decirlo, en nuestra propia patria.

Era acá, en este hermoso rincón, graciosamente dotado por la naturaleza e iluminado por la sonrisa eterna del sol, en donde veíamos, con pena, una tierra casi vírgen, en cuanto a los labores artísticas, una tierra estéril, en donde el hombre ha dejado crecer los abrojos, cuando debió cultivar las flores.

Sí, señores, es cierto, tristemente cierto, que, entre nosotros, sólo muy a lo lejos se ha dejado escuchar un suspiro del arte, en medio de la acalorada agitación de nuestra batalla por la vida y de nuestras odiosas y eternas luchas políticas.

Pero, a pesar de todo, podemos decir, como un consuelo, que el ideal entre nosotros no está muerto, sino dormido, esperando tal vez, una mano que lo venga a despertar.

Más de una vez hemos visto brotar espontáneamente,—como un lirio del campo—un germen lozano del arte al pie del muro glacial de la indiferencia o de la ignorancia pública.

Este eco de la belleza oprimida bajo el peso

de una atmósfera hostil nos ha venido a revelar que existen muchos espíritus delicados; muchos talentos nobles; capaces de concebir y dar formas reales a lo bello, que viven desconocidos, casi avergonzados, sin recibir aliento del público y sin tener escuelas, ni modelos para perfeccionar sus disposiciones naturales.

Sin estímulo, sin atmósfera, sin medio artístico, Virginio Arias concibió su hermosísimo Descendimiento de la Cruz, Plaza creó su admirable Quimera y Valenzuela Puelma dió vida, a la Resurrección de la hija de Jairo; obras que son un oasis de belleza y de frescura en la aridez de este desierto.

Cómo no esperar entonces que cuando existan modelos clásicos y escuelas de enseñanza artística, cuando se conozcan las bellezas del arte griego y del romano, surga de súbito, una gloriosa generación de artistas, enamorados de lo bello y ambiciosos por escalar las alturas del arte.

Tenemos derecho para aspirar a esto, señores, pero debemos trabajar por obtenerlo.

Fueron estas ideas las que denominaron nuestra atención de patriotas en medio de los entusiasmos que sentimos en Roma. Quisimos allí hacer algo para poner siquiera un grano de arena en el edificio, todavía sin cimientos, de nuestro arte nacional.

En aquellas inolvidables charlas de Roma, en las cuales cada uno de nosotros vaciaba, con amistosa espontaneidad, el cúmulo de sus impresiones, nos decíamos todos los días: Ah! Cómo pudiéramos llevar a Chile una muestra siquiera de las maravillas del arte antiguo! ¡Cómo dar a conocer, a todos los nuestros, la Vénus cincelada por Praxiteles, el Moisés de Miguel Angel, el Gladiador moribundo, el Descendimiento del Bernini, el San Juan del Donatello, el Apolo Citaredo y tantas otras obras de suprema belleza que se exhiben en los Museos de Roma.

Cómo también hacer sentir a todos, nos decíamos, este delicado perfume que se desprende del arte; el perfume de Roma...

Cómo dar a conocer entre nosotros el pensamiento de los siglos pasados, escrito en las manifestaciones artísticas de los pueblos!

Y la solución de este patriótico deseo la veíamos tan fácil, tan realizable. Bastaba con adquirir en Italia una colección de copias en yeso de las esculturas clásicas, para tener entre nosotros una muestra de las más bellas producciones del pasado. Esta adquisición demandaba un gasto insignificante en consideración, no sólo a la importancia de la obra, sino en cuanto al valor material que ella tiene en sí.

Después de tomar informaciones supimos que

con una suma no superior a treinta mil pesos de nuestra moneda, se podía comprar un museo completo de copias de esculturas, y podrían traerse a más los modelos de todos los estilos arquitectónicos antiguos,—base de las construcciones modernas.

Pensábamos que nuestro Gobierno podía bien emplear las migajas del Presupuesto, en la realización de una obra que estaba destinada a producir los más halagüeños resultados desde que ella iba a servir de base a la educación artística de nuestro país.

Traer acá los modelos clásicos es como traer los maestros para formar artistas. Es echar en nuestra tierra inculta las primeras semillas de las flores del arte.

Es además una escuela de buen gusto y de criterio artístico.

Junto con las obras de arte puro necesitamos traer los modelos clásicos de la arquitectura, sobre los cuales debemos fundar las ideas de buen gusto, para nuestras construcciones y para el embellecimiento de nuestras ciudades

A más de las ventajas de carácter práctico, un Museo de Copias tiene una indiscutible importancia para nuestro conocimiento de la historia, desde que el arte da a conocer el espíritu, las ideas y la civilización de los pueblos.

Cuando se estudia la historia, en presencia de las obras de arte, se penetra hasta el fondo del alma de los pueblos; se vé palpablemente lo que ellos han pensado, lo que han sentido, lo que han creído.

Los griegos, al traves de los siglos, están aún hablando en sus obras de eterna belleza, y demuestran con ellas la perfección de su cultura y de su civilización.

Los romanos han dejado escrito en el mármol y en la piedra, lo grande, lo artistas que ellos fueron.

Esos seres ideales que inspira el arte—símbolos humanos que viven en el mármol y que reflejan el pensamiento y la vida de otras épocas,—son los intermediarios vivos entre los tiempos que fueron y los tiempos presentes.

Debemos respetarlos e inspirarnos en ellos. Tal es lo que han hecho todas las razas civilizadas de nuestros días; y no hay en Europa ni aún en América, una ciudad, por insignificante que sea, en donde no exista un Museo de Copias de obras clásicas.

No hay tampoco un país, de los que marchan a la cabeza del progreso moderno, que no envíe todos los años a Roma a sus artistas de talento.

Porque Roma ha sido y será en todo tiempo el centro en donde se reúnan todos los artistas,

el Océano a donde afluyan todas las corrientes del arte. ¡Océano insondable que oculta el pensamiento de cien generaciones!

A este culto por los clásicos, a esta veneración por Roma, debe hoy la Francia su florecencia artística.

Ella tiene ahí establecida una escuela y un museo propio y envía todos los años sus mejores alumnos. El «Premio de Roma» es el más hermoso laurel de sus artistas.

Por su respeto y su admiración a las obras de los griegos, París es hoy la Atenas moderna. Se vé en todas partes que su cultura está inspirada en la perfección Helénica.

El pueblo francés tiene espíritu elevado, aspiraciones nobles y carácter feliz, porque ese es un pueblo de artistas. Su temperamento está refinado con las emociones del arte y su educación intelectual está basada en el conocimiento y en el respeto de los clásicos.

De ese pueblo podemos también traer muchas copias de obras admirables que nos sería útil conocer e imitar.

Junto con la parte material de esas obras nos puede venir algo del gran espíritu que los ha inspirado.

Es tiempo ya señores, de hacer algo práctico, en favor del arte en nuestra tierra.

Este abandono a que lo hemos relegado, no es propio de hombres que miran por interés el porvenir de su patria.

Fomentar y cultivar gradualmente este sentimiento en todas nuestras clases sociales, es una obra patriótica y una obra de civilización y de cultura.

Es también una obra de regeneración en los tristes días presentes.

Cuando haya entre nosotros más elevación en los ideales, cuando se cultive el arte en todas sus manifestaciones y se comprenda la influencia y los fines que él tiene en la vida de los pueblos, nuestra civilización será más perfecta y seremos más cultos y más felices.

Debemos creer que el arte tiene el don de ennoblecer hasta las pasiones del hombre, por que él las conduce por un camino más suave.

Debemos también creer que este sentimiento despeja los horizontes más estrechos, ensancha las ideas, hace concebir preocupaciones superiores y eleva el espíritu hasta las regiones del ideal.

El consuela al hombre de las miserias, de las decepciones y de los quebrantos de la vida material y le dice que no todo es barro ni materia en él.

El suaviza las asperezas del carácter, calma

el ardor de las pasiones, dulcifica los sentimientos y hace más cordiales y más cultas las relaciones humanas.

Es un amigo leal, un compañero noble en las horas tristes de la vida.

Ah, señores! Y nosotros cuanto necesitamos de estos auxilios y de estos perfumes del arte! Nosotros que por nuestra corta vida de pueblo, nos faltan aun muchos detalles de cultura social.

Nuestra corteza está todavía algo amarga, algo primitiva: necesitamos para refinarla que corra por nuestro organismo el fluido ennobecedor del sentimiento artístico.

Solo cuando lo hayamos conseguido, podremos decir que hemos llegado a una civilización completa.

Entonces será la edad de oro de nuestra cultura, porque nuestros artistas, como los artistas griegos, estarán rodeados de las consideraciones y del prestigio público y habrá para ellos laureles y ramos de mirto!

Que esto no sea una bella fantasía, señores; luchemos por alcanzar la realidad.

Lo contrario sería, como renegar de los dones con que nos ha regalado a manos llenas, nuestra feraz naturaleza. Chile debe ser una tierra de artistas, porque hay entre nosotros todos los elementos que inspiran el arte!

Tenemos un cielo azul y diáfano como el cielo de Italia, tenemos, en nuestros campos, bosques grandiosos como los bosques de Arcadia; y algunas de nuestras mujeres muestran un perfil que hace recordar la belleza Griega!

La naturaleza nos lo ha dado todo, pero nosotros no hemos sabido aprovechar sus dones.

Un país sin arte, es un país sin alma: es una tierra de maldición y de tristeza, en donde no crecen sino los abrojos y las flores del mal; donde el hombre se revuelca en el fango de los vicios, sin saber siquiera, que en la vida hay algo noble, algo superior a la materia, y sin ser capaz de sentir ninguna elevada emoción en el espíritu.

Trabajemos, pues, señores, por traer a nuestra tierra los consuelos y las glorias del arte!

Empeñémonos por traer, hasta nosotros, un «Museo de Copias» de las obras clásicas, porque esta será la primera piedra de nuestro Partenon artístico!

---

NOTA.—En Agosto del año 1900 fué aprobada por el Congreso una partida de 30,000 \$ para adquirir en Europa un «*Museo de modelos*» y poco tiempo después fué comisionado «*ad honorem*» por el Gobierno para escoger esos modelos en los museos europeos y traerlos a Chile.

El Museo de Copias se exhibe en el *hall* del Palacio de Bellas Artes y en la Escuela de Bellas Artes.—Nota del autor.

## Un futuro Palacio de Bellas Artes

(Carta abierta al señor Ministro de Instrucción Pública)

De «La Libertad Electoral» Febrero de 1901.

*Florencia, 19 de Enero de 1901.*

Ya que nuestro Parlamento ha comprendido la necesidad de iniciar la educación artística del público, autorizando la fundación de un «Museo de Copias» de los modelos clásicos de escultura y arquitectura, preciso es ahora pensar en construir un edificio adecuado para contenerlos.

En algunos meses más principiarán a llegar a Chile algunas muestras de las obras griegas que irán a despertar en nuestro apartado medio las primeras emociones de lo bello. Junto con ellas, unidas en el noble consorcio del arte, irán los modelos más hermosos y perfectos de las esculturas romanas, pompeyanas y greco-romanas, cuyos

centros principales se encuentran en los Museos del Vaticano, del Capitolio en Roma, y en el Museo Nacional de Nápoles.

Toda la obra de Miguel Angel, del Bernini y de Cánova irá también hasta nosotros para darnos una muestra robusta de la vida, la verdad y el poder expresivo del arte.

Las obras de Renacimiento florentino, cuyos representantes son maestros como Donatello, Juan Bologna, Benvenuto Cellini, Luca de la Robbia Verochio y tantos más podrán asimismo admirarse en el futuro Museo.

Se ha procurado reunir, una o varias muestras de cada estilo, de cada época del arte para exhibirlas, ya sea como una lección de enseñanza histórica, ya para dar con ellas una idea general del desarrollo y de las manifestaciones del arte de todos los tiempos. En la arquitectura, de igual modo que en la escultura, lo hermoso se ha combinado con lo útil.

Preciso es pensar ahora que a todos estos ilustres representantes del arte no podremos alojarlos en esa miniatura de Partenón que, a guisa de Museo, tenemos en un rincón apartado de la Quinta Normal.

¡Qué dirían de nuestra galantería y de nuestra cultura esos orgullosos huéspedes, si lo relegára-

mos con desprecio a aquel sitio obscuro, abandonado, a donde nadie iría a visitarlos!

Es necesario buscarles un sitio central y confortable, al cual todo el mundo pueda ir fácilmente y en donde las obras de arte tengan todo el espacio, toda la luz, todo el ambiente que requieren para que ellas puedan servir de enseñanza a la par que de recreo.

Sin estas condiciones, un Museo de Copias, por completo y bien combinado que sea, no puede producir los resultados prácticos que de él deben esperarse.

El público, para que pueda habituarse a comprender y a sentir las bellezas del arte, es preciso que se encuentre en próximo contacto con las obras clásicas. En su vista deben grabarse ciertas líneas y perfiles; su espíritu necesita habituarse a penetrar el espíritu, el sentimiento, la vida que hay oculta en cada obra de arte. Debe comprender que cada trozo de mármol o de bronce es una expresión de la vida: es una página de amor, de dolor, de piedad o de alguno de los sentimientos y pasiones que agitan el alma humana.

Para realizar esta educación en el espíritu del público, —y en especial de un público como el nuestro, absolutamente ajeno a las manifestaciones del arte y aún recalcitrante para admi-

tirlo,—es doblemente necesario ofrecerle las mayores facilidades para que pueda comunicarse directamente por la vista diaria con las obras maestras.

El primer tiempo le pasarán desapercibidas y tal vez las mirará con desdén; pero lentamente se irá operando una evolución en su espíritu a fuerza de observarlas, y lo que ayer desconocía o despreciaba, acabará después por admirar.

Entonces se despertará en él una facultad nueva que hasta ahora ha permanecido aletargada bajo el peso de la ignorancia en que dormía.

La facultad de apreciar, de sentir y de gozar con lo bello, en todas sus diversas formas, será un hermoso adorno en nuestra educación.

Hay en la naturaleza humana un instinto innato a la belleza: todo hombre es sensible a sentir esta impresión. Pero tan precioso don permanece atrofiado en el espíritu si no se abren los horizontes, si no se le instruye y se le cultiva para que pueda apreciarlo y comprenderlo.

Los pueblos que, por temperamento, parecen más recalcitrantes a las impresiones del arte son los que hoy, por su estudio y perseverancia, marchan a la vanguardia.

Lóndres y Múnich son hoy, después de París los centros más avanzados y florecientes del arte, considerado éste bajo todas sus diversas formas.

Los Gobiernos de Inglaterra y Alemania han comprendido la necesidad de fomentar en el pueblo la enseñanza y el gusto por el arte clásico. Han fundado museos, institutos, academias y toda clase de escuelas de enseñanza. Han llevado los modelos de Italia y de Grecia; han enviado a estos países a sus mejores alumnos para que se penetren del espíritu del arte clásico, y a esta campaña inteligentemente combinada, hoy deben su espléndida florecencia artística.

Estos países han comprendido al mismo tiempo que la ignorancia y el desprecio del arte importa un retroceso en la industria, desde que esta se encuentra en muchas ocasiones basada en los procedimientos y en las formas clásicas. Si fuera necesario probar este aserto, bastaría citar cualesquiera de las muchas industrias de adorno y ornamentación que produce París, las cuales tienen la aceptación universal solo por el *cachet* artístico que los franceses saben imprimirle.

El Museo de Copias que actualmente trabajamos por formar, tendrá además una sección de arte aplicado a la industria. Se llevarán modelos de vasos romanos y griegos, de columnas, de pedestales, de consolas, techos, decoraciones, artesonados y demás obras de ornamentación que servirán en Chile a los industriales para adquirir nuevas ideas.

El arte del Renacimiento florentino ofrece los más hermosos ejemplares de es. este género de trabajo. Hay en Florencia una casa de trabajos de *terracota*, bronce, yeso y diversos otros procedimientos mecánicos, que tiene reproducidas todas las obras maestras del arte florentino. Esta casa goza hoy de nombradía universal después del premio de honor que obtuvo por sus trabajos en la Exposición de París. Ella se encargará de remitir a nuestro Museo una muestra de cada una de sus obras.

La factura material de éstas es perfecta y de gran solidez: su aspecto es el mismo del material antiguo que representan.

Con un gasto insignificante se podrán conocer entre nosotros los bajos relieves, los motivos decorativos y cincelados de la mejor época del arte florentino.

Esta sección del Museo, si se realiza en forma adecuada, será muy hermosa y útil: ella llamará desde el primer momento la atención del público.

Más, todo será obra de imaginación—¡un hermoso castillo en el aire!—si nuestro Gobierno no le presta su auxilio. Sin tener un edificio a propósito, el «Museo de Copias» no podrá tener la utilidad pública a que está destinado. No podrá ser una escuela abierta de par en par a la ense-

ñanza de los artistas y un sitio de solaz y de estudio para los profanos.

Todos los países civilizados del mundo, sin escepción alguna, gastan sumas enormes en Museos de arte, porque saben que este es un medio eficaz de educar y civilizar al pueblo.

El gasto material que importaría a nuestro Gobierno una obra de tal naturaleza, sería fundamentalmente compensado con sus beneficios.

Al mismo tiempo de instalar allí en sus secciones principales, las galerías de cuadros, las copias de esculturas, los modelos de arquitectura y demás accesorios, se puede destinar un sitio para echar las bases de un Museo de arte aplicado a la industria, cuyos resultados se harían notar en breve en nuestras fábricas y talleres, hoy rudimentarios por falta de modelos y de público que sepa valorizar los trabajos artísticos.

Nuestra atmósfera es abrumadora, asfixiante para estas nobles labores del espíritu que ocupan un lugar de preferencia en los países cultos de Europa. No es digno de nuestra avanzada civilización permanecer más tiempo a obscuras en este importante ramo de la cultura humana.

Creemos que ya es tiempo de que nuestro Gobierno fomente de un modo práctico y eficaz el débil aliento con que el arte respira en nuestra tierra. Esta es obra de patriotismo y de civiliza-

ción. No es posible pensar que todas las naciones de Europa están en un error cuando todas se ocupan de estimular el arte como un elemento de educación y de cultura.

Construyéndole, entre nosotros, un hogar a las bellas artes, dándoles calor y estímulo, protegiéndolas bajo un techo benéfico, ellas pueden prosperar y rendir hermosos frutos.

## Utilidad de un museo del arte industrial

Publicado en «La Revista de Chile» año 1901.

La aplicación del arte a la industria, en todas las múltiples manifestaciones que ésta puede presentar, es no sólo un factor necesario para producir obras de buen gusto y de sólida construcción, sino que es éste un motivo de comercio y de riqueza.

Una de las causas de nuestro atraso y de nuestra falta de iniciativa industrial es la carencia de conocimientos y de modelos adecuados a las diversas aplicaciones de la industria moderna.

Existe entre nuestros artesanos y obreros las mejores aptitudes para ciertas aplicaciones de la manufactura industrial. Tenemos muchos hábiles ebanistas, escultores en madera, alfareros, bronceros, hilanderos, etc., que se han educado

por sí mismos siguiendo las leyes de la rutina y del mal gusto.

Ninguno de ellos ha recibido un aprendizaje artístico referente a su oficio, ni posee otro medio de preparación que lo haga apto para ejecutar trabajos duraderos y elegantes en su estilo. Todo el talento natural que poseen lo utilizan en copiar modelos de mal gusto y de factura tosca o vulgar.

De aquí que muchas de las obras que salen de sus manos se resientan de los defectos del origen: ellas manifiestan la habilidad y la excelente ejecución material del artífice; pero revelan, al mismo tiempo, la vulgaridad del modelo.

En todos los trabajos que ellos ejecutan se nota el desconocimiento total del dibujo, piedra fundamental de toda educación artística o industrial.

Sin nociones de dibujo no se puede ejecutar ninguna obra hermosa en los diversos ramos de la manufactura.

El dibujo es la base científica de toda buena enseñanza industrial: sin este aprendizaje implantado desde la escuela, en forma rudimental primero, y continuado, en seguida, en la práctica hasta alcanzar los grados de mayor perfección, no es posible formar diestros artífices.

Del dibujo necesita el obrero para elaborar una tosca reja de fierro, así como para tejer encajes y bordados finísimos. El dibujo es el guía seguro y el sólido apoyo del artífice en todas sus elaboraciones.

La importancia capital de este estudio la hemos podido comprobar personalmente observando en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia el gran incremento que ha tomado esta enseñanza, considerada allí como un factor indispensable del progreso industrial.

En diversas ciudades de esos países hemos asistido a los cursos públicos de dibujo, a los cuales van los obreros después de sus horas de trabajo. Estas clases, se han multiplicado por millares en todos los centros industriales y artísticos de Europa; ellas educan el gusto e inculcan ciertos principios y bases científicas en la formación de los obreros.

De ella salen los primorosos artífices que enriquecen a los fabricantes con sus hermosos y artísticos trabajos.

Generalmente estas clases tienen lugar en un sitio anexo o próximo a un «Museo de Arte aplicado a la industria», el cual sirve de escuela práctica a dicha enseñanza.

Hay también muchas fábricas y talleres que, aparte de sus clases de dibujo, tienen un Museo

propio, en donde exhiben a sus obreros las muestras de los progresos y formas que ha tomado la industria desde su rudimento hasta los días actuales.

En Milán, por ejemplo, hemos visitado una gran fábrica de muebles que tiene al lado de sus talleres un valioso museo de muebles y decoraciones de todos los estilos clásicos, los cuales le sirven como modelos de sus nuevas producciones.

Mediante los conocimientos que en estos museos se adquieren, los artífices aprenden a combinar entre sí los diversos estilos; imitan algunos y modifican otros, produciendo, por último, un género nuevo basado en las líneas y perfiles de las obras antiguas.

Los museos de este género se han desarrollado rápidamente en las ciudades más prósperas y cultas de Europa. Los mismos industriales solicitan del gobierno la fundación de estas instituciones, las cuales sirven de protección práctica de sus industrias.

Es una verdad reconocida e incontestable que Francia y particularmente París debe su preponderancia en las industrias de adorno y decoración, de igual suerte que en las de mueblería, cristalería, porcelana, lozas, tejidos en seda, bronces, platería, etc., a su perseverancia en el estudio del dibujo y a los museos de modelos

industriales que el Gobierno mantiene para la enseñanza de los artífices.

Se ha comprobado por datos estadísticos que el vuelo industrial tomado por Alemania en los últimos años se debe exclusivamente a la difusión de la enseñanza del dibujo en las escuelas y talleres y a la apertura de museos de arte aplicado a la industria.

En Inglaterra hubo, hace algunos años, una gran crisis en la industria manufacturera. Los productos que esta elaboraba no se vendían en el mercado ni encontraban fácil salida en los mercados extranjeros.

Esta situación llegó á preocupar seriamente la atención de los hombres de gobierno, y el Parlamento acordó nombrar una comisión compuesta de gente de reconocida competencia para que investigara las causas de este retroceso industrial.

En el informe que ellos presentaron, después de un prolijo estudio de los diversos centros manufactureros de Inglaterra, afirmaban que la crisis de la industria se debió únicamente «a la falta de conocimiento de dibujo y á la carencia de buen gusto y de nociones artísticas de los operarios ingleses».

«Para nosotros, decía el informe, que debemos ser ante todo una nación industrial, la

« unión íntima del arte y de la industria es cosa  
« indispensable. Por esta razón puramente eco-  
« nómica (ya que hay otras de orden superior),  
« nos importa sobremanera el fomento del arte  
« en sus formas elevadas, puesto que es sabido  
« que el cultivo de los altos ramos de dibujo  
« tiende al adelanto de los más humildes traba-  
« jos del artesano y que la aplicación del arte a  
« la industria ha desarrollado el genio de los más  
« grandes maestros del arte.

«La salvación de nuestras manufacturas de-  
« pende de la buena dirección que se imprima a  
« las escuelas de dibujo, las cuales sirvan para  
« dar a los artesanos y obreros una enseñanza  
« artística verdaderamente seria».

No se puede expresar en forma más elocuente y más práctica al mismo tiempo la utilidad de fomentar el cultivo del arte como un auxiliar necesario de la industria.

Los ingleses comprendieron de tal modo las ventajas de la importancia de esta enseñanza, que luego se fundó en Londres un «Museo de arte decorativo e industrial» a pedido de la comisión investigadora nombrada por el Parlamento y por indicaciones de los mismos industriales.

El Museo de South Kensington, fundado en esa época, ha sido la escuela práctica en donde

se han educado los artífices y manufactureros que hoy son el orgullo y la riqueza industrial de Inglaterra.

Este Museo es una vasta galería de modelos en donde el industrial y el obrero pueden observar, estudiar y comparar las diferentes especies y formas del arte en las diversas épocas y países.

Todos los objetos útiles que la mano del hombre ayudado por las luces y por los perfeccionamientos del arte ha producido, encuentran allí un ejemplar real y tangible, clasificado con método y orden perfecto.

Basta enumerar el contenido de este Museo, que hemos visitado detenidamente, para formarse una idea de la gran variedad de objetos que exhibe y de la riqueza de enseñanza que él ofrece.

En el primer piso de este monumental edificio hay diversos patios clasificados en el orden siguiente:

*Patio de la arquitectura.*—Modelos de monumentos y esculturas.

*Patio sur.*—Mosaicos- marfiles, objetos de oro y plata, joyería, vidriería, colecciones chinas y japonesas.

*Patio suroeste.* — Estatuas antiguas. Modelos en yeso.

*Patio norte.*—Arte italiano, esculturas, pinturas, fragmentos de arquitectura, objetos variados de arte industrial.

*Arquería del este* —Tejidos de seda, lana y algodón.

*Arquería del oeste.*—Instrumentos de música.

*Corredor del oeste.*—Trabajos y esculturas en madera. Muebles de todas las épocas y de todos los estilos.

*Corredor del centro.*—Carrocería y elementos de transporte.

Desde luego los muebles podrían ser motivo de una gran industria entre nosotros. Tenemos acá todo lo que se necesita para construirlos: buena madera y buenos operarios.

En vez de tener que pagar precios exorbitantes por muebles de mal gusto y toscos, que se dicen importados, pero que en realidad son contruídos acá y vendidos con el recargo de los derechos aduaneros, tendríamos francamente muchos talleres de muebles nacionales, los cuales serían más baratos y tan hermosos como los mejores extranjeros.

Nuestro público no solamente obtendría ventajas económicas fomentando entre nosotros esta industria, sino que ganaría considerablemente en la parte artística del mueble y en todos los

detalles de la decoración interior de las habitaciones.

Hemos visto muebles de perfecto estilo Luis XV ejecutados con admirable pureza de líneas por rudos carpinteros chilenos.

Para hacerlos sólo les ha bastado tener ante sus ojos una revista con los dibujos de dichos muebles y así han logrado copiarlos maestramente.

Sin duda, la ejecución ganaría aún más si en vez de tener por delante un dibujo en papel tuvieran el mismo mueble original con sus medidas, proporciones, tallados y enchapaduras.

Hemos observado, además, la instalación de estos muebles en habitaciones que tienen la decoración completa del estilo: todo lo cual ha sido copiado de los grabados de una revista.

Un museo de este género serviría para educar el gusto del público en todo lo que concierne a la ornamentación interior de las habitaciones, las cuales presentan hoy un aspecto abigarrado, sin ningún detalle de elegancia, ni de artística sencillez.

La decoración de un salón o comedor, más parece una obra de pastelería que una obra de arte. Sin embargo, ella vale fuertes sumas de dinero; dinero torpemente perdido en acumular, sobre techos y paredes, un sinnúmero de adornos tan

vulgares en cuanto al gusto, como ordinarios en su parte material.

Todo cuanto hacen nuestros decoradores, ya sean pintores, yeseros o mueblistas, es charro, recargado y grosero. Bien se conoce en sus obras que muchos de ellos no tienen nociones de dibujo, ni tienen idea de la armonía que ha existir entre la decoración de una sala y los muebles que deben instalarse en ella.

A veces decoran una pieza para salón y el dueño de casa instala en ella el comedor...

No existe en nuestro público ni siquiera una remota idea de la ornamentación artística de las habitaciones.

Es muy común ver un amueblado con pretensiones de estilo gótico puesto en una sala que no tiene ningún estilo determinado, o, si lo tiene, es estilo chileno puro.

En este Museo se podrían instalar diversas salas con muebles de estilo clásico: Gótico, en sus varias formas y épocas, Renacimiento, Luis XV, Luis XVI, Imperio. Cada sala estaría decorada con la ornamentación completa del estilo, de tal modo que en ella nuestros artífices y decoradores puedan copiar un buen modelo.

Mediante esta enseñanza objetiva ellos aprenderán a ejecutar obras elegantes y hermosas que contribuirán grandemente a embellecer el

aspecto interior de nuestras construcciones y a formar el gusto del público.

Lo que indicamos respecto a la industria del mueble puede hacerse también extensivo a diversas otras manufacturas industriales.

En el piso principal del Museo a que nos referimos hay una valiosa biblioteca científica, una biblioteca de bellas artes, hay galerías de pintura, galería de acuarelas, de cerámica, de marfiles, etc.

Además existe allí un espacioso teatro para conferencias, al cual asisten miles de obreros.

Anexa a este vasto Museo se encuentra instalada la Escuela Superior de Dibujo y otros ramos de instrucción artística.

Para ingresar a esa escuela es preciso haber sido alumno distinguido de otra escuela de arte elemental y rendir ciertas pruebas de competencia.

En ella se hacen clases de dibujo, de pintura y modelación por maestros que son verdaderas eminencias en cada uno de los ramos a los cuales se dedican.

Estos cursos duran dos años y asisten a ellos más de dos mil obreros, siendo de notar que la mitad son mujeres.

El Museo de South Kensington, que hemos dado a conocer rápidamente, podría servir de base para instalar entre nosotros un pequeño

muestrario de modelos artísticos en el cual nuestros obreros encontrarían nuevas ideas y nuevas formas para sus rutinarias producciones.

Con un gasto de cuarenta mil pesos de nuestra moneda, fácil será adquirir y traer hasta nosotros las primeras colecciones de modelos destinadas al museo. Anualmente podría irse aumentando el número de estos objetos, tal como se ha hecho en el Museo de South Kensington en Londres, el cual se fundó hace setenta años, no teniendo sino una sala de modelos en yeso, y hoy encierra la más vasta y rica colección del mundo.

Un museo de esta naturaleza no sólo serviría para formar buenos obreros y hábiles artífices, sino que él contribuiría directamente a educar el gusto de nuestro público.

Hay obreros con aptitudes especiales para ciertos ramos de la manufactura industrial: en el ramo de mueblería y de los tallados en madera, por ejemplo, tenemos operarios diestrísimos, capaces de ejecutar obras de arte.

Pero estas buenas disposiciones, naturales en ellos, las pierden o las mecanizan teniendo siempre que copiar modelos de mal gusto y uniformes en su estilo.

Todos sus trabajos están calcados sobre los modelos importados para el comercio por algu-

nas de las casas extranjeras que de este ramo se ocupan. Todos sabemos que los muebles y demás objetos de decoración interior que llegan hasta nosotros son de un gusto deplorable, de estilo indeciso y poco sólidos en su construcción.

En vez de perderse de este modo las excelentes disposiciones naturales de nuestros artífices, fácil sería aprovecharlas dándoles a conocer los modelos clásicos del mueble y demás objetos de arte decorativo.

En un museo de tal naturaleza, hay ancho margen para exhibir toda clase de modelos industriales.

A él irían nuestros obreros a aprender lecciones objetivas, que son las más duraderas y útiles.

Nuestro público allí vería y aprendería muchas nociones necesarias que hoy desconoce.

Anexa a este museo sería fácil instalar una escuela de dibujo, con clases nocturnas, a las cuales podrían asistir nuestros obreros después de las horas de trabajo.

Hasta hoy se ha considerado entre nosotros el arte como un elemento de pura decoración y fantasía: algo que sólo sirve para recrear la vista sin comprender el alcance que él tiene en el progreso industrial de un pueblo. Esta ignorancia

no puede prolongarse más sin que ella cause perjuicios a nuestro desarrollo económico.

Si nosotros no podemos cultivar aún el arte por el arte, cultivémoslo siquiera como un auxiliar del progreso industrial.

Lo primordial en un pueblo son los elementos de vida y de riqueza: cuando éstos han sido alcanzados buenamente, debe venir el gran arte—el arte pictórico y escultórico—a idealizar la vida y a ennoblecer los sentimientos.

## El Museo de modelos de arte industrial

Está compuesto de los siguientes modelos y se encuentra instalado en las rotundas del Palacio de Bellas Artes

---

Sillón curul estilo gótico. Copia exacta del original que existe en el castillo de Pau.

—Sillón Francisco I, en nogal. Copia exacta del original que existe en el Museo del Louvre.

Grupo de muebles «Renacimiento» compuesto de un sofá, un sillón, una silla. Copia exacta de los originales existentes en el palacio de Fontainebleau.

—Grupos de muebles Luis XIII, compuesto de un sofá, un sillón y una silla, Copia exacta

---

Nota: En el año 1902 se consiguió del Congreso una partida de \$ 15,000 para encargar a Europa la primera colección de modelos de arte industrial.—N. del A.

de los existentes en el «Guarda-muebles Nacional».

Sillas Luis XII. en viejo nogal.

Sillas Francisco I, en viejo nogal, copias de de los originales existentes en el palacio de Fontainebleau.

Sillón Dagobert.

Sillas Dagobert, copias de los originales existentes en el Museo de Cluny.

Grupo de muebles Luis XVI, compuesto de un sofá, un sillón y una silla; copias de los originales que existen en el palacio de Fontainebleau.

Grupo de muebles Luis XII, en madera dorada, compuesto de un sofá, un sillón y una silla; copias de los originales que existen en el «Guarda —muebles Nacional».

Vitrinas, Bergere y otros objetos decorativos estilo Luis XV; copias de los que existen en el «Guarda—muebles Nacional».

Grupo de muebles Luis XVI, compuesto de un sofá, un sillón y una silla; copia de los que existen en el palacio de Versailles.

Grupo de muebles «Imperio», compuesto de un sofá, un sillón y una silla, copia de los que existen en el palacio de Fontainebleau.

«Chaise-longue» estilo «Imperio», copia de lo que existen en el castillo de Compiègne.

Muebles de comedor estilo Luis XII.

Mesa de comedor Luis XII, copia de los originales que existen en el Museo de Antigüedades de Blois.

Sillas estilo Luis XII.

Diversas piezas decorativas de diferentes estilos.

Plantillas de diversos muebles estilos Francisco I, Luis XII, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI e «Imperio».

Los modelos anteriores han sido copiados por los hábiles artífices de los talleres del Louvre.

---

## El genesis de una exposicion

Un proyecto para El Centenario

*De «El Mercurio» del 9 de noviembre de 1909*

El público de Santiago, en su mayor parte, ignora que en uno de los sitios más pintorescos de la ciudad—en el Parque Forestal—se está construyendo el edificio más hermoso de Chile y talvez de América del Sur: el Museo y Escuela de Bellas Artes,

Ese edificio, según las disposiciones de nuestro Gobierno, debe inaugurarse en Septiembre de 1910.

Los trabajos marchan con gran actividad y todo hace esperar que los propósitos gubernativos serán realizados.

La inauguración de un Museo de Bellas Artes de las proporciones del que se construye, es un

acontecimiento que le hace alto honor a la cultura de nuestro país, y es menester aprovechar esta circunstancia para darnos a conocer en los centros de la cultura europea.

Se presenta una magnífica ocasión para manifestar el progreso que hemos alcanzado en un siglo de vida independiente.

Nuestro Gobierno con el doble motivo del Centenario y de la apertura de un museo, podría invitar a los artistas de Europa y de América a una exposición internacional que tendría lugar en Septiembre de 1910.

Esta idea que, considerada a primera vista, puede presentar obstáculos, es en extremo fácil de realizar.

Los artistas europeos, aun los más acreditados, desean vivamente, abrirse mercados en los países de Sud-América.

Ellos tienen aun muchas ilusiones sobre la proverbial riqueza de los sud-americanos.

Debilitado el mercado de América del Norte por la crisis última y por el exceso de obras de arte que han vendido en ese medio, ellos tienden su vista a los países jóvenes del nuevo continente.

A Buenos Aires mandan sus mejores obras las firmas más reputadas del Viejo Mundo; igual cosa sucede en Río Janeiro.

¿Por qué dadas estas circunstancias, los artistas de Europa no aceptarían una invitación de nuestro Gobierno para concurrir a una exposición Internacional?

Estamos ciertos de que ninguno perdería la ocasión de darse a conocer en Chile sin gravámen alguno para él.

Lo que más interesa a todo artista es abrirle horizontes a su nombre y extender el radio de sus admiradores.

Esta invitación podría también hacerse extensiva a los artistas industriales y a los grandes talleres de mobiliarios y decoraciones que existen en París, en Londres, y en Milán y otras ciudades europeas.

Fácil es para ellos mandarnos modelos de sus elaboraciones que nos den a conocer los diversos estilos del mueble, instalados dentro de un marco perfectamente apropiado.

Esos talleres desean, como es natural, ensanchar el campo para sus producciones y no dejarían pasar la ocasión de hacerse *réclame* en nuestro país.

Tendríamos, pues, una exposición artística e industrial que sería sin duda la nota más interesante y la más culta del Centenario.

Lógico es que nuestro Gobierno al invitar a los artistas, tenga, desde luego, que asegurarles

el valor de las obras que envían, los gastos de flete y embalaje hasta devolver los objetos a su destino, una vez que se hayan exhibido.

Según cálculos que tenemos a la vista, el valor total eso no sube de «sesenta mil pesos» suma verdaderamente ínfima en atención a la importancia de la obra.

Por otra parte, nadie puede desconocer las ventajas de todo género que nos reportaría esa exposición.

Solamente en lo que se refiere a la propaganda de nuestro país en el extranjero, los beneficios son positivos.

Con la suma anteriormente indicada se puede hacer más por el nombre de Chile, en los centros europeos, que invirtiendo algunos millones en otra forma.

El solo hecho de que un país como el nuestro, situado en el último rincón del mundo y sin personalidad propia ante el concepto europeo, se dirija a los artistas de todos los países invitándolos a una exposición internacional que tendrá lugar en un magnífico palacio, hará que la atención de los espíritus cultos del Viejo Mundo se dirija sobre nosotros y nos observen con interés.

La prensa entera de Europa comentará esta iniciativa del Gobierno de Chile y será esa una ocasión para que ella hable favorablemente de

nosotros, ya que, por lo general, los comentarios que sobre Chile se hacen en la prensa extranjera son deplorables.

Se exhibirán, en revistas de artes y en periódicos ilustrados, las fotografías del Palacio de Bellas Artes y algunas otras de nuestros principales edificios y esto solo dará una idea del grado de desarrollo que hemos alcanzado.

Los artistas invitados se interesarán por nuestro país, por estudiar nuestra vida y nuestro progreso y tras ellos habrá muchas otras personas que tendrán por primera vez noticias nuestras.

No hay nada que ponga más en relieve la cultura de un país que los torneos de arte a los cuales concurren, a competir en las lides del talento, los representantes de todas las escuelas y de todas las naciones.

Un pueblo que llama a su seno a los artistas, es un pueblo que busca lo bello y siente los anhelos infinitos del progreso.

Un país como el nuestro, tiene mucho que aprender del adelanto que han alcanzado otros países.

Y como todos los chilenos no pueden ir a los centros de arte del Viejo Mundo, procuremos que estos vengan o nosotros trayéndonos nuevas luces para iluminar nuestro horizonte.

Los que jamás han salido de las fronteras de Chile, tendrán entonces una ocasión de conocer las obras de los grandes artistas, de observarlas y compararlas entre ellas. De esta suerte se irá formando el gusto en nuestro país y puliéndose la tosca corteza de la raza.

(1) Nota: Este artículo, el primero que se escribió en la prensa, relativo a la Exposición Internacional, fué originado por una conversación que tuvimos con don Fernando Alvarez de Sotomayor, de la cual nació la idea de celebrar una Exposición para el Centenario.

## Una manifestación de los artistas españoles

De «La Mañana» de Madrid Mayo 30 de 1910

---

Se celebró ayer, á la una, en casa de Lhardy. Acudieron á rendir homenaje de afecto y admiración á Alberto Mackenna los Sres. Vergara Ministro de Chile en España, Beruete, Pradilla, Villegas, Benedito, Moreno Carbonero, Luis Blesa, Chicharro, Nieto, Luis Menéndez Pidal, Cecilio Plá, Mezquita, Ramón y Valentín Zubiarre, Martínez Cubells, Rodríguez Acosta y Morote.

Se adhirieron al acto los Sres. Blasco Ibáñez, Joaquín Sorolla, Alejandro Saint-Aubin, Aniceto Marinas y Alejandro Ferrant.

En cartas dirigidas al Sr. Morote, decían los Sres. Blasco Ibáñez y Saint-Aubin cuánto sen-

---

Nota: En el año 1910 fué comisionado *ad honorem* por el Gobierno para trasladarme a Europa, a organizar la Exposición Internacional de Bellas Artes. Nota del autor.

tían no poder asistir al banquete al que se asociaban de todo corazón.

En cartas dirigidas al Sr. Benedito, los Sres. Sorolla, Aniceto Marinas y Ferrant manifestaban que se les tuviese por presentes en la prueba de afecto que se tributaba al ilustre chileno.

Estas cartas de adhesión las leyó el Sr. Benedito, y fueron recibidas con grandes aplausos.

Después, por encargo especial y reiterado de todos los presentes, habló el Sr. Morote. Empezó congratulándose de hallar reunidos en esta fiesta de homenaje Mackenna a los artistas más ilustre de España, lo cual prueba la solidaridad de esta gran familia intelectual.

Trazó a grandes rasgos la figura simpática y notable de Mackenna, que se ha tomado el trabajo de venir a España para que la Exposición de Bellas Artes de Chile fuera el *Salón* de la madre Patria.

Brindó por Chile, que es, de las Repúblicas hispanoamericanas, las que más se parece á España en el recuerdo de lo pasado, en el culto de lo presente, en la aspiración á un porvenir de progreso.

Enaltecíó a la mujer americana en general, y muy particularmente a la mujer chilena, por cuyas virtudes es grande aquel pueblo, porque ella es esposa y madre modelo y sabe crear la

familia, piedra angular de las sociedades modernas.

Dedicó, en fin, párrafos á la unión de la España de aquí y a la España de allá, que forman ya en el mundo, con sus 80 millones de seres que hablan la lengua castellana una grande, una excelsa federación moral y espiritual.

El Ministro de Chile, Sr. Vergara, brindó también elocuentemente por España y por el Arte, agradeciendo aquel homenaje en nombre del país que representa.

El Sr. Chicharro brindó por el ilustre pintor español Sr. Alvarez Sotomayor, que actualmente se encuentra en Chile trabajando con éxito a la mayor gloria suya y del Arte de España.

D. Alberto Mackenna pronunció un discurso magnífico en acción de gracias, cantando un himno á España y á su Arte glorioso.

Oyeron los oradores entusiastas aplausos al acabar sus discursos.

El almuerzo fué excelente, como servido por el afamado Lhardy, que se incorporó a los comensales al final del banquete, asociándose así al tributo rendido a Mackenna.

Por todos estilos fué una fiesta solemne e inolvidable.

El Sr. Mackenna, que sale esta noche para París, Londres, Berlín, Viena, en continuación,

de su empresa artística, nos ruega enviemos a todos el testimonio de su gratitud muy sincera.

El deja aquí una pléyade de amigos por sus bondades, por sus talentos, porque es un español más que en Chile trabaja por la unidad de la raza, por la gloria de la hispana civilización.

---

**He aquí el brindis de Mackenna**

Señores:

Me siento sinceramente agradecido por esta manifestación de amistad y de compañerismo.

La presencia de vosotros en este sitio, festejando al delegado del Gobierno de Chile, es una prueba elocuente de la simpatía con que habéis acogido nuestra invitación.

Las obras que vosotros enviáis a Chile a nuestra Exposición manifiestan que los artistas de la España de hoy son dignos de sus grandes maestros del pasado.

«Nobleza obliga», señores. Vosotros os encontraréis obligados a ser grandes artistas porque sois los herederos legítimos de Velásquez, del Greco y de Goya: trinidad gloriosa de artistas sobre los cuales descansa todo el edificio del arte moderno.

Vosotros marcháis por el camino que ellos os han señalado.

Al regresar a mi país yo me esforzaré porque los jóvenes artistas chilenos vengan también a España a completar su educación, siguiendo las huellas de los maestros inmortales.

Nuestros artistas encontrarán aquí un ambiente simpático y una tierra hospitalaria que no les hará sentir la ausencia de la patria.

Brindo, señores, por las glorias del arte español y por cada uno de vosotros que sois sus ilustres representantes.

## Una visita a los talleres de los artistas europeos

(Conferencia en la Biblioteca Nacional el 29 de agosto de 1915),

SEÑORAS, SEÑORES:

El año 1910, en vísperas del Centenario, fui comisionado por el Supremo Gobierno para trasladarme a Europa, a fin de organizar la Exposición Internacional con que debía celebrarse la inauguración del Palacio de Bellas Artes.

No sin vacilaciones y recelos, emprendí el viaje al Viejo Mundo, donde debía visitar, uno a uno, a los artistas para llevarles la invitación del Gobierno a tomar parte en el torneo de nuestro Centenario.

No se me ocultaba, al partir, la ignorancia desdenosa que existe en Europa sobre los países de América del Sur; y sabía también que los artistas son generalmente avaros de sus obras y que

muchas veces tienen temor de enviarlas a lejanos países desconocidos para ellos.

Yo no sabía si la invitación del Gobierno de Chile iba a ser recibida por los artistas europeos con la misma franca cordialidad con que nosotros la hacíamos.

Durante el largo viaje, muchas veces dudaba del éxito, y más de una vez pensé, que talvez, habría sido más prudente no arriesgarse en esta aventurada empresa.

Lleno de vacilaciones como estaba, recibí al llegar a Lisboa un simpático aliento que iluminó mi espíritu haciéndome concebir la esperanza de un resultado lisonjero.

No fondeaba aún el vapor en la rada de Lisboa, cuando divisé en una pequeña embarcación al Cónsul de Chile en Portugal junto con dos personas que me saludaban cordialmente.

Ambos, por su indumentaria, tenían aspecto de profesionales del arte; usaban gran chambergo, melena larga y amplia corbata de alas abiertas.

Eran el presidente y el secretario de la Sociedad de Bellas Artes de Lisboa que se habían apresurado a presentar sus saludos al Comisario del Gobierno de Chile.

Yo los recibí con sincero entusiasmo y me figuré ver en ellos un buen augurio.

Poco tardó en establecerse entre nosotros una franca amistad; y, secundado por ellos, me puse en acción desde ese momento con fe entusiasta en el éxito.

Nuestra primera visita fué al taller del más célebre de los artistas portugueses, José Malhoa, del cual tenemos un magnífico cuadro en nuestro Museo, *El Caballero de Calatrava*.

Malhoa es el más característico de los pintores lusitanos y el que ha interpretado con mayor propiedad las costumbres de su pueblo.

Es un mago del color y de la luz que hace vivir en la tela los tipos y los paisajes de su tierra.

Acompañado del presidente de la Sociedad de Bellas Artes, señor Jorge Colaço, fuí al taller de Malhoa, situado en una hermosa Avenida de corte moderno. El aspecto solo de la casa revelaba el artista: era una construcción de caprichosa y original arquitectura, cuyas paredes y balcones estaban tapizados de flores de colores vivos. A la entrada se veía una artística placa de bronce que indicaba el premio de arquitectura municipal.

Malhoa nos esperaba en su taller risueño, amable, complaciente.

—«No se negará Ud. a mandar algunas de sus obras a nuestra Exposición del Centenario, le

dije yo; en Chile deseamos tener una muestra de sus cuadros.»

«A pesar de la desconfianza que le tengo a las exposiciones en el extranjero, y, sobre todo cuando hay un Océano de por medio, concurriré a la Exposición de Chile,—me contestó Malhoa, galantemente:—puede Ud. contar conmigo.»

Asegurado el jefe de los artistas portugueses, no era difícil obtener la concurrencia de los demás. El ambiente era propicio a nuestro país en Portugal; la prensa se ocupaba de nuestra exposición y publicaba detalles sobre ella; los diarios y revistas reproducían la elegante silueta del Palacio de Bellas Artes y comentaban con este motivo el progreso de Chile en los cien años de vida libre.

Una poderosa influencia impulsaba también a los artistas a enviar sus obras. La Reina Amelia, protectora del arte en Portugal, le prestaba su alto patrocinio a nuestra Exposición, insinuándole a los artistas la ventaja de darse a conocer en los países de América del Sur, donde podían encontrar nuevo campo para sus producciones.

Yo supe las delicadas palabras que tuvo la Reina Amelia para proteger nuestra Exposición; y antes de partir de Lisboa, pedí al presidente de la Sociedad de Bellas Artes, su maestro de

pintura, tuviese a bien solicitar su consentimiento para ir a manifestarle mi profunda gratitud.

Siempre es impresionante encontrarse delante de una Reina, en medio de la decoración fastuosa de un palacio real; pero lo es mucho más cuando la Reina reúne las más bellas cualidades de la mujer, cuando a más de tener la majestad de su dinastía, tiene la majestad de la belleza y el poder del talento, y cuando es una mujer que lleva en su semblante la huella sombría de la madre y de la esposa que han sufrido el más intenso dolor.

Las frases bondadosas que tuvo ella para alentar la iniciativa de nuestro país, las recordaré siempre con sincera emoción.

El halagüeño resultado obtenido en Portugal se supo pronto en los centros artísticos de España por las noticias de la prensa, y al llegar a Madrid me impuse que los artistas españoles acogían con simpatía nuestra invitación.

Había influido grandemente a formar este favorable ambiente la propaganda de nuestro amigo Alvarez de Sotomayor.

Las más reputadas firmas de la pintura española preparaban sus obras para enviarlas a Chile. Chicharro, Beneditto, Moreno Carbonero, Zuluoaga, López Mezquita, Beruete, Zubiaurre y tantos más.

Faltaban Sorolla y Pradilla; y era necesario a toda costa obtener su concurso.

Una exposición de pintura española sin la nota luminosa y original del gran colorista valenciano, no era completa.

Supe que Sorolla había manifestado francamente su intención de no concurrir a nuestra Exposición, atareado como estaba en organizar su salón en Estados Unidos.

A pesar de esto, fuí a su taller y, tras de larga antesala, me recibió friamente, casi puedo decir tercamente.

Díjome que nada tenía para enviar a la Exposición de Chile; que su público era el de Estados Unidos, donde recogía a puñados el dinero.

Sorolla soñaba con mirajes de *dollars*, y miraba con irónico desden la moneda feble de nuestro país.

Fué inútil mi insistencia, y hube de retirarme sin obtener su concurso en esta primera embestida.

Días después, me dirigí de nuevo a su taller, en compañía de Blasco Ibáñez, su amigo íntimo de juventud, valenciano como él, y hombre capaz de decirle, en su lenguaje pintoresco, más de una claridad a ese artista un tanto ensoberbecido por sus triunfos.

—¡«Con que tú no quieres mandar nada a la

Exposición de Chile!,—le dijo—apostrofándolo, al entrar a la puerta del taller. Pues, eres un perro mal agradecido y yo sé lo que te digo! ¿No recuerdas acaso que el primer levita que te compraste, fué con dinero de Chile? ¿No recuerdas a ese señor Errázuriz que te pagó mil duros por unos cuadros cuando a duras penas te ganabas cien pesetas?»

«Vamos hombre, que tú vas a mandar cuadros a la Exposición de Chile,—le dijo Blasco Ibáñez con aire imperativo»; y, pasando de la palabra a la acción, se trepó sobre una silla y descolgó dos cuadros que pendían de las paredes del taller y, dirigiéndose a mí, me dijo: «ayude Ud. a llevarlos».

Como eran de regular tamaño, condujimos, primero el uno, y después el otro, al coche que nos esperaba en la puerta, y de ahí nos encaminamos donde el embalador.

—«Que tú me atropellas en mi casa,—esclamaba Sorolla, entre enojado y risueño, no pudiendo dejar de celebrar el procedimiento ejecutivo empleado por su amigo para obligarlo a concurrir a nuestra Exposición.

Yo por mi parte, hubiese querido tener la audacia de Blasco Ibáñez, para entrar a sacó en el taller de ese mágico pintor del mar de Valen-

cia, del aire y de la luz de España, a fin de traer esas joyas a Chile.

En rica profusión, pendían de las paredes de su taller, cuadros de veleros hinchados por la brisa, conduciendo rimeros de naranjas, bosques de limoneros mostrando su fruto dorado, jardines y huertos en flor, niños jugando con las olas, bañados de luz y de alegría.

Al salir del taller de Sorolla, sentí la impresión de haber viajado un instante en un país de ensueño, donde hay bosques eternos de naranjos en flor, que se destacan sobre las riberas luminosas de una playa azul.

En el momento de partir, Blasco Ibáñez, dándole un afectuoso apretón de manos a Sorolla, lo invitó a comer a su casa, a lo cual él accedió gustoso.

Difícil y escabroso sería relatar la charla picante, intencionada y pintoresca de esos dos artistas pletóricos de genio; el diálogo de dos valencianos nunca ha sido a propósito para halagar los delicados oídos de las damas. Sorolla nos relató, con su verbo chispeante, sus triunfos en Europa y Norte América. Nos habló de los pingües resultados de sus ventas. Dijonos que su mujer, en los tiempos de sus pobrezaas como en los de su opulencia, era quien dirijía el trabajo y guardaba el tesoro,

—¡Lo que yo debo a mi mujer!—exclamaba Sorolla. Sin su ayuda entusiasta y perseverante, sin su fe en el triunfo yo talvez no habría llegado a la situación en que hoy me encuentro. En los días más negros, cuando vivíamos en la mayor miseria, sin nombre, sin dinero y sin relaciones, ella trabajaba a mi lado dándome ideas avivando mis energías, inspirándome confianza en el porvenir. Un artista, para llegar a cierta altura, necesita el impulso cariñoso de un espíritu femenino. Una mujer puede darle alas a un artista, así como hai otras que sólo sirven para cortarle las alas.....

Obtenido el concurso de Sorolla, sólo me faltaba conseguir algún cuadro de otro gran artista que no había manifestado deseos de tomar parte en nuestra Exposición.

Era necesario llevar algo de Pradilla, el célebre autor de Juana la Loca y la Rendición de Granada.

Me dirigí a su taller, situado en una calle apartada del centro de Madrid, y tuve el gusto de ser recibido en la forma más cordial.

Lo encontré, en blusa de trabajo, pintando un gran cuadro decorativo, encargo de un millonario americano para su palacio de la Quinta Avenida.

—«Aquí me tiene usted,—me dijo,—trabajando

como a los veinte años, y ya estoy bordeando los sesenta; perdí mi fortuna en la quiebra de un Banco, y me he visto obligado a empezar de nuevo».

Esta frase que pintaba con una sola pincelada el desastre de una fortuna hecha en largos años de ruda labor, él la decía con la mayor naturalidad, sin rencores ni amargura, revelando con esto la honradez de su alma y la gran superioridad de su espíritu.

Es edificante ver un artista de la talla de Pradilla que a los sesenta años pierde su fortuna y se pone a rehacerla con alegría juvenil, lleno de amor por el arte, que le procura consuelos y esperanzas.

He aquí una prueba de la fuerza moral que da el arte a los que lo cultivan con sinceridad y honradez.

Tuve el placer de oír expresarse a Pradilla con mucha simpatía de Chile y todos los chilenos que había conocido en Roma y en Madrid, y me manifestó su vivo sentimiento de no tener nada en su taller que mandar a nuestra Exposición.

Organizada la sección española hube de trasladarme a París, donde el terreno ya estaba bien preparado para nuestro torneo artístico. Solo faltaba la concurrencia de las grandes fir-

mas como Rodin, Bartholomé, Bonnat, Cottet, Latouche, Simón, Blanche y otros de igual categoría que han escalado la cima de la gloria artística y son muy difíciles de abordar.

Alguien me dijo que ninguno de ellos mandaría sus obras a Chile, y que aun me exponía a un desaire yendo a solicitarles su concurso.

No fué esta una razón para arredarme de la empresa, y sin pérdida de tiempo me dirigí al taller de Bonnat, el ilustre director de la Escuela de Bellas Artes y una de las más altas categorías artísticas de Francia.

Bonnat reside en una suntuosa mansión en las vecindades del Arco del Triunfo, y su casa manifiesta, desde la entrada, el gusto distinguido y refinado de su dueño. En las paredes del *hall* se veían tapicerías y gobelinos de inapreciable valor. En uno de los muros se destacaba un admirable *panneau* decorativo debido al pincel del gran Puvis de Chavannes.

Un portero, vestido con la indumentaria correspondiente al rango de la mansión, recibió la tarjeta en que yo había escrito dos palabras indicando el objeto de mi visita.

Pocos minutos después, se abrió la puerta de un gran taller bañado de luz, y avanzó algunos pasos un anciano de porte distinguido y digno que, con aire amable y gesto alentador me alar-

gó su mano y dirigióme la palabra en . . . portugués.

Yo no entendí lo que quiso decirme; y fué tal mi impresión de sorpresa e hilaridad al escuchar a Bonnat hablando en portugués, que no pude detener una explosión de risa. El, un tanto amostazado me preguntó. ¿acaso no hablan portugués en su país?

—Nó, señor, le repliqué: en el Brasil se habla portugués.

Para Bonnat, como para muchos europeos, Brasil y Chile son más o ménos la misma cosa.

Entre nosotros se habla el español le dije, y en el acto me dirigió la palabra en el más correcto castellano diciéndome que él había nacido en la frontera española y la mitad de su juventud la había pasado entre España y Portugal.

La conversación fué larga y animada, y él manifestó vivo interés por conocer algo de América del Sur, que ignoraba completamente.

Se prestó gustoso a enviar una obra a nuestra Exposición, lo cual fué para el comisario chileno un paso halagador, porque el solo nombre de Bonnat debía atraerle muchos e importantes adherentes a la Exposición.

Fuime, en seguida, al taller de Cottet, y al saber que venía de Chile tuvo palabras amables, y me ofreció concurrir con un grupo de sus

obras. Yo no conozco a Chile, me dijo, pero tengo grandes simpatías por él. Ahí está radicado Richon Brunet, el mejor de mis amigos y mi compañero de arte y de juventud.

Por lo que pude observar, conversando con diversos grupos de pintores, Richon Brunet tiene mejor reputación en París que la que ha logrado alcanzar entre nosotros; y esto no me sorprendió, al saber que otro artista europeo, Blasco Ibáñez, había obtenido menos éxito en su gira en Chile del que obtenía con sus obras y sus conferencias en París.

Estimulado por estas favorables acogidas, me dirigí al taller de Rodin, el más ilustre de los artistas contemporáneos y también el más difícil de abordar.

Me habían dicho que el grande hombre era malhumorado y que era cuestión de suerte encontrarlo en un buen momento.

No sin cierto temor, golpeé su puerta y mandéle mi tarjeta, indicándole el motivo de mi visita.

Pronto lo vi aparecer en la antesala, vestido con su amplio traje de taller, cincel en mano, mostrando un ceño duro, que me indicaba desde luego que yo no había tenido la suerte de encontrarle en el buen momento.

Su porte majestuoso, su gran barba blanca, su

gesto altivo le daban a Rodin el aspecto terrible del *Moisés* de Miguel Angel.

—¿Es Ud., me dijo, quien viene a pedirme que yo mande alguna obra a la Exposición de Chile?

—Sí, soy yo,—le respondí humildemente.

—¿Qué no sabe Ud., acaso, que en Chile se quedaron con una *maquette* que me encargaron para un monumento, y nunca me han pagado los diez mil francos que valía mi trabajo? ¿Y piensa Ud. que yo voy a mandar una obra para que se queden con ella, lo mismo que con la *maquette*? *Oh! jamais de la vie, jamais de la vie! rien avec le Chili*, exclamó exasperado el ilustre artista, tomando nerviosamente su gran barba entre sus dedos.

Yo, para no prolongar la entrevista, le pedí mis excusas, hícele una amable cortesía y emprendí retirada a paso rápido, sintiendo a mis espaldas el golpe brusco de una puerta que quedó rechinando en mis oídos.

Por desgracia, era perfectamente cierto lo que decía Rodin, y razón no le faltaba para estar irritado en contra nuestra.

Hace veinte años se le encargó un proyecto para un monumento. La obra no se hizo entonces, y la *maquette* quedó abandonada en un rincón, sin que nadie se preocupase de devolverla o de pagársela.

He oído contar que hace algunos años esa *maquette* sufrió algunos desperfectos con motivo de un temblor y alguien tuvo la peregrina idea de mandarla componer a un despachero italiano que había en una esquina, pensando seguramente que por ser italiano debía tener algo de artista y de escultor...

Esa obra que debe encontrarse cubierta de moscas y de telarañas en la trastienda de algún despachero remendón, hoy vale algunos miles de francos, y bien valdría la pena seguirle la pista hasta dar con ella.

Los trabajos de Rodin, aún los simples estudios al lápiz, tienen hoy una alta cotización en los centros artísticos de Europa y de Norteamérica.

La acogida poco amable que acababa de tener, pronto me fué compensada por un simpático y cordial recibimiento en el taller del célebre escultor Bartholomé, el autor inmortal del «Monumento a los muertos» que se exhibe en el frontis del *Père Lachaise*.

El acogió con verdadero interés la invitación, prometiéndome mandar una de sus obras, que hoy se encuentra en el *hall* del Palacio de Bellas Artes.

Del taller de Bartholomé, me dirigí al de Bur-

mand, el gran pintor suizo que ha alcanzado reputación europea.

A las primeras palabras que cambié con él observé que acogía con cierto recelo la invitación. Sin negarse a concurrir, manifestaba desconfianzas y me hacía preguntas extraordinarias.

—«Yo temo a los incendios en las exposiciones, me dijo con cierta inquietud. ¿En la América del Sur, las construcciones deben ser un tanto inflamables?», me preguntó.

Seguramente, él estaba pensando, para sus adentros, que nosotros íbamos a instalar nuestra exposición en alguna choza de paja.....

Yo para desvanecer sus inquietudes, saqué de mi bolsillo unas fotografías del Palacio de Bellas Artes, que siempre andaba trayendo conmigo, y le indiqué que ese era el local donde iba a ubicarse la Exposición.

—Ah, esto es magnífico!, exclamó: es algo que hace recordar el *Petit Palais!* y accedió gustoso a enviar un cuadro que hoy se exhibe en una de las salas del Palacio de Bellas Artes.

Por Burnand tuve noticias de que una gran artista, hermana suya, Madame de Girardet, estaba en París y que probablemente se prestaría a tomar parte en nuestra Exposición.

Faltaba la nota femenina, exquisita, sentida, delicada, que es como el perfume de las flores en

una fiesta; y nadie como ella podía dar esa nota.

En los Salones de París, yo había visto algunas de sus obras, en las cuales el sentimiento y el buen gusto se hermanaban con la solidez y la seguridad en la construcción.

En los alrededores de París, ella tenía instalado su taller en una preciosa *villa* de estilo normando; y ahí tuve el placer de encontrarla, rodeada de sus pequeños hijos, en medio de un marco de flores y de alegría.

Me condujo a su sala de trabajo, en la cual se veía el poema del amor maternal. Sus bocetos, sus dibujos, sus estudios, todo lo que había ahí, era un reflejo cariñoso de su propio hogar.

En un rincón de su taller, había un grupo, aún inconcluso, de una madre que tenía en sus faldas su pequeñuelo, y lo miraba con amorosa ternura.

Yo me acerqué a Madame de Girardet, y le dije:—¿No quisiera Ud. adornar con esta joya nuestra Exposición? Ella accedió gustosa y me respondió.—«Voy a terminarlo en pocos días más, y lo mandaré a Chile».

Continuando mi gira por los talleres fuí cierto día a visitar a los maestros Injalbert y Jean Paul Laurens, que han sido los maestros de muchos de nuestros artistas. Ambos me recibieron amablemente y se expresaron con simpatía de sus discípulos chilenos.

El célebre escultor Injalbert, que ha alcanzado la alta categoría de Miembro del Instituto de Francia, se refirió con entusiasmo al talento de Simón González y de Córdoba, a quienes él consideraba como sus mejores alumnos; y se informó con vivo interés de ellos y de la obra que habían realizado.

Jean Paul Laurens ponderó el talento natural de nuestros pintores, deplorando sí que esta cualidad, innata en ellos, no estuviese acompañada de un estudio más sólido, más concienzudo y más serio del dibujo que es el cimiento inamovible sobre el cual descansa todo el edificio de las Bellas Artes.

«El dibujo es la honradez del arte,» decía el ilustre maestro Ingres; y esta bella frase se halla esculpida al pie de su estatua como una lección eterna a los artistas.

Nunca deberían olvidar las palabras de este gran maestro todos los que se dedican al arte en nuestro país.

Organizada la sección francesa, yo debí trasladarme a Bruselas, donde me aguardaba un grupo de pintores belgas, que habían manifestado vivos deseos de tomar parte en nuestra Exposición.

Anuncié a los interesados que llegaría a esa capital un día determinado del mes de junio, in-

dicándoles, al mismo tiempo, mi dirección en el Hotel Metropole.

¿Cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar a las puertas de ese hotel, principio a ver cuadros por todas partes: los había en el *hall*, en los pasillos, en la escala y en mi propio dormitorio?

El Director del establecimiento se acercó a mí, un tanto confundido, para decirme que no había podido impedir esa avalancha de cuadros que se anticipaban a mi llegada.

Yo, sin reponerme aún de mi sorpresa, créime víctima de alguna pesadilla: tal fué la impresión que me produjo esa colección fantástica y abigarrada de cuadros de simbolistas, cubistas y decadentes.

Veíanse ahí mujeres verdes, hombres color *kaki*, caballos azules, cielos color huevo de pato, árboles rojos, toda la estrambótica gama de esos charlatanes del arte que, a falta de verdadero talento, quieren llamar la atención con extravagancias.

Mi primera determinación fué dirigirles una carta a cada uno de los autores pidiéndoles que retiraran las obras, y que yo me reservaba el derecho de dirigirme a determinados artistas.

Al día siguiente me puse en busca de los maestros del arte belga contemporáneo, quienes son los que mantienen con brillo la gran tradición

del arte flamenco: Beartson, Lempoels, Willaerts, Laermans, Jamar y otros de esta categoría, en cuyas obras pude admirar el estilo propio, original y vigoroso que caracteriza el arte belga, fiel reflejo de las costumbres y de la vida de ese gran pueblo.

La favorable acogida de los artistas belgas me dió alas para continuar mi viaje a Holanda, donde existe una interesante escuela de pintura que tiene su carácter y su estilo propios.

Largo y monótono sería continuar describiendo las impresiones y las incidencias de un viaje a través de otros países de Europa que debí visitar en esa época.

Debo decir solamente que en todas partes fué bien recibida la invitación del Gobierno de Chile y que se tributaron, en la prensa, grandes elogios al país que para celebrar sus cien años de vida libre invitaba a los artistas.

El pueblo de Chile, decían los párrafos de la prensa, debe haber llegado a un alto grado de desarrollo material y moral. Prueba de ello es su Exposición de Bellas Artes.

Nosotros en esa memorable ocasión, manifestamos ante el mundo que éramos un país culto que sabía dignificar y estimar la más bella y la más elevada de las producciones del genio humano.

---

## **El Palacio de Bellas Artes de Santiago por Richon Brunet**

De «El Mercurio», 22 de Setiembre de 1910

---

Desde algunos años, pero principalmente en los dos últimos, el público que frecuentaba el Parque Forestal y sus alrededores, ha podido ver levantarse poco a poco, hasta destacarse en silueta severa a la par que elegante, de un lado sobre el cielo, del otro sobre la cordillera, un hermoso e imponente edificio: el futuro Palacio de Bellas Artes. Ahora que este monumento está concluido, creemos que ha llegado el momento de hacer una rápida historia del monumento y de su orígenes; esta historia servirá para mostrar como la voluntad tenáz de algunas personas de alta cultura, apoyando al hombre que ideó el proyecto y de quien se puede decir sin exajeración, que desde el principio hasta el fin fué el

alma de él: don Alberto Mackenna S. Como decíamos, este conjunto de buenas voluntades acabó por dotar a Santiago de un espléndido monumento que permitirá a los chilenos dar, a la ocasión del Centenario de la Independencia, la más completa y hermosa manifestación de cultura intelectual y artística.

En el año 1900, el señor Mackenna que desde muy joven se había dedicado al culto y al fomento de las bellas artes, consiguió del Gobierno, después de no pocas dificultades, la cantidad de 30,000 pesos oro de 18d, para adquirir en Europa modelos y reproducciones de las obras más geniales de la estatuaria antigua y moderna, y formar con ellas un museo de copias, destinado a difundir en el público el buen gusto y las ideas estéticas.

Salió, pues, para Europa y gastó la suma íntegra concedida por el Gobierno, en adquisición de obras, sin reservarse la menor parte de ella, siquiera para sus gastos de viajes. Formada su colección la trajo en seguida a Chile y naturalmente, cuando llegó con todos sus dioses y diosas de yeso, no se encontró en todo Santiago un sitio adecuado para colocarlos, y siguieron durmiendo su sueño olímpico en sus cajones respectivos.

En realidad, don Alberto Mackenna, no solo

había previsto este percance, sino que no tuvo nunca ninguna dificultad en reconocer que en el fondo, uno de los objetos que tuvo al gestionar la adquisición de las estátuas, fué obligar después al Gobierno a edificar un museo para alojarlas; él comprendía que el minúsculo Partenón de la Quinta Normal, después de haber prestado sus servicios en los albores de las bellas artes en Chile, era ya completamente fuera de proporción para una capital como Santiago y para los rápidos progresos de la cultura intelectual y artística y que se hacía indispensable reemplazarlo por un verdadero y definitivo Palacio de Bellas Artes.

Encontrándose en Europa, en el mes de enero de 1901, el señor Mackenna escribió desde Florencia una carta que publicó *La Libertad Electoral*, en la cual manifestó netamente sus verdaderas intenciones y esperanzas. Después de hacer la enumeración de todas las obras que adquirió, acompañándola de consideraciones muy atinadas sobre las diferentes escuelas de los tiempos antiguos y modernos, escribe:

«Preciso es pensar ahora que a todos estos ilustres representantes del arte no podremos alojarlos en esa miniatura de Partenón, que a guisa de museo tenemos en un rincón apartado de la Quinta Normal. .» y más léjos: «Es necesario bus-

carles un sitio central y confortable al cual todo el mundo pueda ir facilmente y en donde las obras de arte tengan todo el espacio, toda la luz, todo el ambiente que requieren para que ellas puedan servir de enseñanza, a la par que de recreo. Sin estas condiciones, un museo, por completo y bien combinado que sea, no puede producir los resultados prácticos que de él deben esperarse».

Después don Alberto Macbenna sigue estudiando la importancia del fomento de las bellas artes en la educación y cultura de los pueblos, mostrando como todos las grandes naciones crean y multiplican museos, escuelas de artes, galerías, etc., y prosigue así: «Mas, todo será obra de imaginación—¡un hermoso castillo en el aire!—si nuestro Gobierno no le presta su auxilio.

Sin tener un edificio a propósito, el museo no podrá tener la utilidad práctica a que está destinado. . . Todos los países sin excepción alguna, gastan sumas enormes en museos de artes porque saben que este es un medio eficaz de educar y civilizar al pueblo. . .», y al fin, esta hermosa carta concluye así:

«No es posible pensar que todas las naciones de Europa están en un error, cuando todas se ocupan de estimular el arte como un elemento de educación y de cultura. Construyéndole, entre

nosotros, un hogar al arte, dándole calor y estímulo, protegiéndole bajo un techo benéfico, él puede prosperar y rendir hermosos frutos.»

Se ve que en esta carta la cuestión estaba claramente iniciada. Al llegar a Santiago, la odisea, que en recuerdo, sin duda, de sus antiguos tiempos, los dioses y héroes griegos, tuvieron que emprender para encontrar alojamiento, pertenece ya a la historia humorística de Santiago; pero gracias a ello, la necesidad de un Palacio de Bellas Artes digno de este nombre, se hizo ineludible y en octubre de 1902, después de muchos pasos y trajines del señor Mackenna, don Joaquín Villarino, entonces Ministro de Obras Públicas, decidió abrir un concurso entre los arquitectos para un Museo y Escuela de Bellas Artes. El jurado acordó dar la preferencia a un proyecto presentado por el señor Jecquier.

Don Alberto Mackenna y las personas que lo acompañaban, habían ganado, pues, una buena batalla; pero lo más difícil quedaba: ¡conseguir la plata! Nuevos pasos, nuevos trajines, nuevas batallas y, al fin, en 1903, se consiguió del Congreso una nueva partida, que permitió iniciar los trabajos.

Aceptados los planos y conseguida la plata, faltaba encontrar el mejor sitio para ubicar el edificio nuevo, que tanto por el objeto a que es-

taba destinado, como por su hermoso aspecto exterior, debía constituir uno de los más bellos adornos del nuevo Santiago.

El señor Mackenna, verdadera alma de la construcción del Palacio, según la expresión empleada por el señor Joaquín Villarino en una carta que escribió en cierta ocasión a don Alberto Mackenna, eligió y consiguió del Estado primero el sitio del antiguo cuartel de ingenieros (actual Plaza Vicuña Mackenna), pero entonces empezó entre él, representante del futuro Palacio, y la Municipalidad, una lucha trágica, digna del famoso «Lutrín de Boileau»; una vez fué expulsado «*manu militari*» del sitio en cuestión y amenazado de ir a la cárcel. En fin, la Municipalidad triunfó y, como dice el mismo señor Mackenna, esa fué una alcaldada muy feliz; pues a ella se debe que el Museo se encuentre ubicado en el magnífico sitio actual, contribuyendo a transformar lo que era hace poco uno de los rincones más sucios e inmundos de Santiago, en un barrio verdaderamente hermoso y elegante.

Desde el momento en que empezaron los trabajos materiales, admirablemente dirigidos por el encargo del Consejo de Obras Públicas, por el mismo autor de los planos, el distinguido arquitecto señor Jecquier, la labor del señor Mackenna

na parecía ya concluída, pero no fué así. Pareció que la mala suerte se entretuviera en estorbar la realización definitiva del monumento, cuya iniciación y gestación habían exigido tantos esfuerzos y dificultades: el terremoto, la crisis económica, la baja del cambio, etc., etc., estas fueron las flores con que fué sembrado el camino de los campeones del Palacio, siempre con don Alberto Mackenna a la cabeza.

Pero, «labor improbus omnia vincit», al fin, el Palacio surgió, y a medida que se levantaba, y que su imponente silueta se dibujaba sobre el fondo de la Cordillera, los más recalcitrantes tuvieron que rendirse y convencerse de la importancia de la obra y del progreso que ella representaba para la cultura del país. Luego se impuso la obligación de rodear el nuevo monumento de jardines y de «parterres» dignos de él y que, juntándose con el Parque Forestal, constituyen ya el más hermoso conjunto: eso naturalmente debía atraer,—lo que sucedió,—a muchas personas deseosas de edificar casas en barrios nuevos y elegantes... y fué así, como en pocos años se transformó, como lo decíamos antes, de un foco de inmundicias en un barrio delicioso y artístico.

La antigua Comisión y el Consejo actual de Bellas Artes, tuvieron un papel muy interesan-

te en la realización del hermoso proyecto, y es muy probable que sin el apoyo decidido de los miembros de esta Comisión, a pesar de las energías y de la voluntad tenaz del señor Mackenna, el proyecto pudiera haberse quedado en el estado de... proyecto. La entusiasta participación de don Enrique Cousiño, cuando era Intendente de Santiago, fué decisiva también, porque fué, gracias a sus empeños y su actividad, que se consiguieron del Congreso los fondos y también la concesión del sitio del Parque Forestal.

Ahora, ya el nuevo Palacio es un hecho, y todos los que han trabajado en su realización deben olvidar las dificultades y sinsabores para regocijarse sólo con la idea de que a ellos, a su entusiasmo y a sus energías, Santiago debe un hermoso monumento que se hacía indispensable ya y en el cual en alojamiento, no solamente decente, sino admirable y digno de las más grandes capitales, las obras de arte que llenan hoy día el antiguo y pequeño Museo, y, en un porvenir más o menos lejano, las colecciones artísticas que han sido o serán legadas al Estado por sus actuales dueños, como las galerías Edwards, Lillo, etc., y también todas las obras de arte que adquirirá con el tiempo el Gobierno.

La Escuela de Bellas Artes, que forma parte del mismo Palacio, va a ser también digna del

alto objeto al cual está destinado, y, en fin, la circunstancia de que la conclusión del Palacio coincida con el Centenario, ha permitido inaugurarla con una Exposición Internacional de Bellas Artes, que será una manifestación de alta cultura y, al mismo tiempo, la más admirable propaganda para dar a conocer al mundo el grado de progreso intelectual y artístico y la prosperidad general de Chile, pues es sabido que sólo las naciones cultas y prósperas pueden permitirse manifestaciones de esta naturaleza.

Pero, en el momento del éxito final, no se debe olvidar a los obreros de las primeras y de todas las horas, y los nombres de don Alberto Mackenna, de don Enrique Cousiño, de don Enrique Döll, de don Emilio Jecquier, de todos los Ministros y de todas las personas que han contribuido a la realización de esta hermosa obra, quedarán vinculados, para honra suya y del país, a la edificación del Palacio de Bellas Artes de Santiago.

La mayor parte de ellos asisten hoy al triunfo de la obra, pero uno falta, don Alberto Mackenna, y falta porque, como se había dedicado en cuerpo y alma a la edificación del Palacio, del mismo modo se dedicó a la realización de la Exposición Internacional, destinada a inaugurarla, de la cual él fué uno de los iniciadores. Nom-

brado por sus colegas del Consejo de Bellas Artes Comisario General de dicha Exposición, tuvo que irse a Europa en una época muy inoportuna para sus asuntos particulares. Ahí recorrió, en pocas semanas todas las capitales y los centros artísticos, visitando innumerables talleres de artistas, recibiendo y contestando centenares de cartas, y haciendo así la propaganda más hermosa y eficaz para la intelectualidad y la cultura de su país. Pero la liquidación de todos los asuntos relacionados con la Exposición, no le ha permitido volver a tiempo para asistir a la gran fiesta de ayer,—que figurará en los anales de Chile, y por eso quiso un amigo leal y justiciero, mandarle a la hora del triunfo de las obras en las cuales ha tenido una participación tan sobresaliente, un saludo entusiasta y respetuoso.

---

## El Palacio de Bellas Artes

De las «Últimas Noticias» Marzo 22 de 1910

DE MONT-CALM

---

Hemos visitado ayer el Palacio de Bellas Artes, actualmente en construcción.

Es un monumental edificio, de corte tan exclusivamente europeo por su elegancia y su clásica arquitectura que, sin duda, es el palacio más hermoso de cuantos posee la capital de Chile.

Será inaugurado el 18 de septiembre de este año con una Exposición Internacional, a la cual concurrirán los más afamados pintores del mundo.

Las obras maestras que allí se exhibirán tendrán un aposento digno de su renombre.

Aquel palacio se yergue entre jardines. A los pies de sus altos muros, contemplando las líneas

de su majestuosa arquitectura, nos hemos creído por un momento al pié de alguno de los magníficos museos que Buda-Pesth ha levantado en el aristocrático Boulevard Andrashy.

Todo allí es sobrio, severo, elevado. Un gusto muy puro ha elaborado el plano de esa construcción, que será por muchos años el más alto orgullo arquitectónico de Santiago.

Los planos y la construcción se deben al reputado arquitecto Jequier, autor de tantas y tan hermosas construcciones chilenas.

Pero ante todo, ¿cuál es el origen de este Palacio de Bellas Artes?

Desde hacía algunos años don Alberto Mackenna Subercaseaux, que es uno de los intelectuales más entusiastas del país, gestionaba la construcción de un Museo en el cual depositar dignamente nuestras obras de arte. En 1912 encontró en el señor don Joaquín Villarino, Ministro de Estado, un amable cooperador, que propició la idea llamando a los arquitectos de Chile a un concurso de planos para un Palacio de Bellas Artes. Obtuvo el premio el señor Jequier, en competencia con el notable arquitecto señor Cruz Montt.

Antes de iniciado ese certámen, el señor Mackenna se había trasladado a Europa y había ad-

quirido allí una vasta colección de copias de las más famosas obras de la estatuaria antigua.

La circunstancia de no tener dónde colocar ese Museo ayudó y fomentó el proyecto de hacer el Palacio que nos ocupa.

Los primeros fondos para iniciar estos trabajos fueron decretados en 1903 por el Congreso Nacional. Era una suma humilde: cien mil pesos. Pero para los jenerosos iniciadores de la idea la cuestión primordial era echar los cimientos del monumento. Después el Estado proporcionaría nuevos fondos.

Así sucedió. El Gobierno ha invertido hasta hoy en la obra la suma respetable de dos millones de pesos. Pocas inversiones más nobles y justificadas ha hecho nuestro Erario que esa. Con ella ha erigido un perenne ornamento nacional, y ha honrado las bellas artes chilenas. Allí depositará sus tesoros artísticos y en sus aulas funcionará la escuela que rige y da la norma de nuestros progresos en el ramo.

En cinco meses más los chilenos inaugurarán ese templo levantado en conmemoración del primer centenario de la independencia. Deseo imaginarme la pompa de esa ceremonia. Quiero ver las multitudes acudiendo en compañía del Primer Mandatario a inaugurar los dorados salones del Palacio, sus altos «halls» poblados de

blancas estátuas, sus fuentes y terrazas cubiertas de césped, sus jardines floridos, sus pórticos severos y altos como una inspiración genial. En ese día el sol brillará. Sus rayos de oro caerán tibios sobre las cúpulas relucientes. La voz sonora de un Ministro hará la historia de aquel monumento y a sus palabras vigorosas hará eco nuestra canción nacional. El pueblo desfilará luego en silencio y a su paso encontrará la luz, el color, la vida aprisionados en un instante sublime por hombres que se llaman Bonnat, John Lavery, Harrison, Detaille, Morot, Sorolla, Pradilla, Zuloaga, Michetti, Sargent. Maravillados los ojos ante esa fiesta de los iris se prosternará y elevará al cielo su corazón. Por primera vez le sentirá vibrar con tan puros, tan dulces y conmovedores latidos. A su mente apuntarán sensaciones de una nueva vida, desconocida para él; más noble, más civilizadora, más digna de ser vivida que su triste y oscura existencia de hoy.

Una nueva éra comenzará. Todos los cultos tienen su templo. El del arte—el más delicado de todos—debía tenerlo. En el futuro, cuando un extranjero nos visite, le llevaremos con gusto a aquel aposento regio en el cual la *Quimera* de Plaza y las soñadoras obras de Arias se erguirán sobre rojos pedestales. Allí le mostraremos re-

flejos de nuestras aguas, visiones de nuestros campos, un poco de azul de nuestro cielo y de la luz de nuestros soles. Y ese extranjero dirá: este país de vida áspera y ruda, aprisionado entre el mar y la montaña, dando un instante de reposo a las batallas de su diario vivir, ha erigido al arte un monumento digno de su energía y sus ideales.

En la fachada del Palacio se colocará una alegoría hecha en piedra por el escultor chileno don Guillermo Córdova.

Al frente será erigido el monumento que la colonia francesa se propone ofrecer a Chile con ocasión del Centenario. Representará a las «Bellas Artes glorificando la República» y tendrá nueve metros de alto. Será ejecutado por el célebre arquitecto francés Mr. H. Grossin, que actualmente trabaja en la construcción del Palacio con un entusiasmo y un tesón digno de aplauso.

En el hall se colocarán, sobre un jardín las obras escultóricas, y en las salas amplias, aireadas, luminosas, se expondrán las telas que vendrán a competir el premio de cien mil pesos ofrecido por el Gobierno.

Se debe al actual Presidente mucha parte de ésta obra grandiosa. Si su prolífica tarea de progreso en el ramo de las obras públicas es la glo-

ria de su Gobierno, este Palacio será coronación más delicada de su enorme labor de gigante.

Más, permítasenos, aun cuando vamos a ofender la modestia de un hombre profundamente sincero, estampar aquí el nombre de don Alberto Mackenna Subercaseaux en recuerdo del más poderoso, del más paciente y entusiasta cooperador de este famoso monumento nacional. Su retrato debe ser colocado en un sitio de honor del Palacio, por cuanto desde la idea inicial hasta la última y flamante nota decorativa, tienen un poco de su pasión, de su amor fecundo y tesonero por el arte. El vió abrir su primer herido y él verá, en un día glorioso, subir hasta la cumbre del Palacio nuestra insignia nacional. Entónces este hombre de bien podrá decir para sí: he cumplido mi deber. He ahí mi concurso y mi ofrenda de ciudadano al progreso nacional.

Si el Gobierno y la persona citada han hecho tanto por esta obra de ornamentación santiaguina, el Municipio no debe quedar atrás en la tarea. Las vecindades de ese Palacio son un infecto lodazal. La Municipalidad podría muy bien reparar ese defecto destinando algunos fondos al objeto. No es posible que esa casa tan majestuosa se inaugure junto a una calle miserable, afrentada por una acequia abierta y mal oliente,

El señor alcalde, al cual creo un hombre entusiasta y atento al embellecimiento de nuestra ciudad, tiene ahí un concurso por medio del cual unir su nombre a la grandiosa obra del Palacio de Bellas Artes.

MONT-CALM.

---

## El final de una Exposición

«Excmo. señor, señoras, señores:

Al cerrar las puertas de este magnífico palacio, en el cual se ha albergado el pensamiento de tantos célebres artistas, se siente flotar en la atmósfera una extraña expresión de tristeza.

Es la tristeza del ¡adios! a las cosas que no volveremos a ver.

Estas hermosas creaciones del arte que mañana vuelven a tomar el camino de su hogar nos han iluminado con destellos de vivísima luz; han sido algo como un arco iris en el cielo gris de nuestra vida ordinaria.

Durante algunos meses el público culto de Santiago ha vivido en íntimo contacto con los grandes artistas europeos; los ha estudiado, los ha comparado, los ha juzgado.

Todos los representantes de las escuelas modernas se han presentado a cruzar sus armas en

---

Nota: Discurso pronunciado en la fiesta de clausura de la Exposición Internacional del Centenario, Enero de 1911.

N. del A.

este torneo, ante un público que los contemplaba ávido de admiración, vibrante de emoción.

Hoy se despiden los paladines del arte que han hecho pasar ante nosotros una rápida y brillante visión de lo bello.

Ha sido, señores, un acontecimiento para nuestro país esta Exposición; un acontecimiento un tanto prematuro que, quizás, no ha sido suficientemente apreciado por algunas personas.

Nos ha servido, al mismo tiempo que para educar nuestro gusto, para manifestar ante el extranjero el grado de cultura que hemos alcanzado.

Ha sido, también, un gran éxito, señores, a pesar de los temores que una natural desconfianza nos inspiraba el primer momento.

El público culto, así como el bajo pueblo, ha invadido estas salas, deteniéndose con admiración y respeto delante de sus obras maestras.

A unos los han hecho pensar, a otros, sentir.

He visto en estas salas, más de una vez, algunos observadores solitarios, abstraídos en muda contemplación, sintiendo nacer en su espíritu una vaga aspiración a lo bello.

He observado, otras veces, soplar ráfagas de sentimiento místico, en almas más sensibles, en las cuales la fe sentía la caricia de un bellissimo resplandor de arte.

En todos los tiempos, señores, las bellas artes han ejercido poderosa influencia en la educación y en la cultura de los pueblos: los museos, los conciertos, las conferencias, y tantos otros medios de propagación del arte han contribuido a formar el alma de los pueblos adelantados.

El sentimiento de lo bello es innato en el hombre: es algo que forma parte de su propia naturaleza. Más, es necesario cultivarlo; hay que despertarlo porque a veces duerme durante muchas generaciones.

Un célebre artista del Renacimiento, pertenecía a una familia de pobres campesinos, que vivían en las montañas de Toscana cuidando ganados; un día fué a Florencia enviado por sus padres; entró a una iglesia y en ella contempló maravillado las Madonas de Andrea del Sarto. Por primera vez su alma ruda despertó a la aurora de lo bello; un rayo de luz agrandó su horizonte limitado. Su talento dormía profundo sueño, hasta que el acaso lo puso en contemplación de una obra maestra.

¿Cuántos hay como él, señores?

¿Cuántos han salido del letargo, tocados por la varilla mágica de lo bello?

Hé aquí una de las utilidades de estos torneos y a más de esta, señores, hay tantas otras.

No es solamente la vida material con todos

sus sinsabores y sus quebrantos, lo que debe absorber nuestro espíritu.

El hombre civilizado, el hombre de nuestra época, necesita algo más que tener dinero para costear su vida diaria: necesita un ideal, un ideal de religión, un ideal de progreso, un ideal de belleza; pero, en todo caso, un ideal.

Esta es una fuerza poderosa que levanta su espíritu; una mira muy alta, adonde convergen las aspiraciones de su alma.

Para los que no tienen fe en otros ideales, las bellas artes ofrecen consuelos infinitos. Ellas derraman en nuestra existencia fulgores de alegría, ellas suavisan con el bálsamo de lo bello, las asperezas inevitables de la vida.

El amor de lo bello conduce al hombre a mayor claridad en la mente y a más indulgencia en el corazón.

Un verdadero artista es siempre un filósofo que observa desde una altura las miserias que nos dividen.

Es tan grande, señores, tan hermoso el horizonte que se descubre a los que contemplan el desenvolvimiento del arte!

Es la humanidad misma, desde sus tiempos más remotos, la que refleja en la piedra o en la tela sus aspiraciones, sus luchas, sus caídas.

La historia del mundo está escrita en un libro de piedra cuyas páginas son obras de arte.

Las civilizaciones que se han hundido en el abismo del tiempo, solo nos han dejado unos cuantos monumentos que son como un lazo de unión entre los tiempos pasados y los presentes.

Esos seres que engendra el arte, es lo único humano que no muere: ellos forman los eslabones de la cadena de oro que une a los hombres de todas las edades en un ideal común.

¿Qué nos quedaría de las civilizaciones pasadas si la Grecia no nos hubiera dejado sus mármoles inmortales, Roma sus piedras admirables, Egipto sus monumentos?

¿Que quedaría de los grandes monarcas y de los grandes capitanes, sin la inmortalidad que les ha dado el arte?

¿Qué queda de la deslumbradora epopeya napoleónica, sino las magníficas obras de arte que ella inspiró?

Las telas de David, de Horace Vernet y de Meissonnier; las esculturas de Rude y de Cánova.

¿Qué quedará de París para las generaciones futuras, sino unas cuantas obras de arte?

Así como del renacimiento florentino nos quedó el «Penseiroso» y la «Tumba de los Médicis» de Miguel Anjel, así del arte de París quedará el

«Pensador» de Rodin y el «Monumento á los Muertos» de Bartholomé.

Y de nosotros, ¿qué quedará, señores, para manifestar nuestra cultura?

Nada de lo que es hoy grandeza, ambición o vanidad. Nada; absolutamente nada. Ni un recuerdo siquiera.

Vivirá, en cambio, el nombre de un artista humilde que vive en la obscuridad, casi en la pobreza; pero que, en un instante de genio, concibió una obra maestra, en la cual se refleja el alma de una raza heroica; una obra que es, a la vez, una epopeya y un poema, algo así como la «Araucana» de Ercilla, fundida en el bronce.

El «Caupolicán» de Plaza, artista genial, cuya cabeza blanca debiera estar coronada por una rama de laurel.

Vivirá, también, una preciosa perla de oriente, en la cual brilla un resplandor de génio: la «Perla del Mercader», de Valenzuela Puelma.

Todos se hunden en las sombra, al través del tiempo; sólo quedan en la luz los grandes artistas.

He oído hace poco en París unos admirables conciertos históricos, que nos trasmitían la voz de la Edad Media y del Renacimiento, desde el canto sencillo de los pastores hasta las endechas apasionadas de los trovadores.

Era un eco vibrante del alma de otras épocas, que se comunicaba con el alma moderna.

Era el arte inmortal uniendo, con su cadena de oro, el sentimiento del pasado con el del presente.

Antes de terminar, Excmo. señor, permítaseme formular un deseo, que es a la vez una aspiración de todas las personas que, en nuestro país, cultivan el amor a las Bellas Artes.

Hemos guardado, en una de estas salas, las joyas más preciadas de la Exposición. Deseamos conservarlas entre nosotros para que nos hablen siempre de este magnífico torneo.

Ellas prolongarán en nuestro espíritu esta hermosa visión de arte que hoy se desvanece. Y ellas serán la manifestación elocuente del grado de cultura que ha alcanzado un pueblo en los primeros cien años de su vida libre.

No permitáis Excmo. señor, que cruce de nuevo el Océano el grupo de obras maestras que hemos escogido.

Hagamos de este espléndido Palacio un tesoro de arte, un templo del buen gusto al cual vengan artistas y profanos a rendirle culto a la eterna belleza.

---

## La inauguración del Museo de Copias

El 29 de Agosto de 1911 se inauguró solemnemente en el «hall» del Palacio de Bellas Artes y en la Escuela, el «Museo de Copias» que estuvo guardado durante diez años.

Excmo. señor, señoras, señores:

Después de una larga odisea, en la cual no han escaseado las dificultades, se encuentra ¡por fin! instalado en su sitio definitivo, el Museo de Modelos que, por encargo del Supremo Gobierno, tuve ocasión de adquirir en Europa, hace ya muchos años.

Fué este un ideal de juventud, perseguido con todo el entusiasmo que despiertan los ideales a los veinte años; y no fueron obstáculo para desalentar mi ardiente deseo, la indiferencia de unos y las ironías de otros.

Ambicionaba, señores, traer hasta nosotros una muestra viva de la belleza, del buen gusto y de la valiosa documentación histórica que se

encierra en esos tesoros de arte de las viejas ciudades europeas.

Aspiraba a ser el portador de esas obras inmortales que el alma europea guarda bajo techos magníficos en los Museos de Roma, de Florencia, de Nápoles, de París; y pensaba que al acometer esta empresa rendía un tributo al progreso y a la cultura de mi patria.

El ideal de juventud se ha realizado, y ahí están expuestos a la contemplación del público, los más hermosos ejemplares de la escultura y de la arquitectura de todas las edades.

Ahí están en su noble y serena actitud, las obras clásicas de la época griega: la «Venus de Milo», el «Apolo» del Velvedere, el «Demóstenes», el «Mercurio» y tantas más, mostrándonos, con una elocuencia que los siglos no han logrado debilitar, la elevada concepción del arte que tuvo ese pueblo enamorado de las bellas formas humanas.

Observad el «Demóstenes» y encontraréis, en sus ojos, la expresión de un cerebro que piensa, y, en su semblante, la preocupación de un filósofo, abstraído en los problemas que la ciencia moderna no ha logrado aún descifrar.

Contemplad la «Venus» y el «Apolo» y en sus líneas purísimas de una sencillez arcaica, observaréis que la humanidad en los bellos tiempos

helénicos dió, como producto de tierra virgen, las más gallardas flores antes las cuales palidecen las flores anémicas de las generaciones actuales.

Observad, en seguida, las obras de la época greco» romana y puramente romana: el «Gladiador moribundo» el «Luchador» el «Discobolo» el «César Augusto» y tantas más que reflejan el alma refinada y sensual de ese pueblo, fiero de sus glorias militares, perpetuando en el mármol las hazañas de sus héroes o el culto de sus dioses.

Cada período de la historia se refleja en sus obras de arte, como en un espejo de brillo inagotable, en el cual las generaciones presentes pueden ir a contemplar a las generaciones pasadas.

Seguid recorriendo, señores, este Museo de Modelo, por orden cronológico, y observaréis que, de pronto, os encontraréis antes un gran vacío.

En vuestro camino a través del arte de los siglos, hay una laguna inmensa y estéril, en la cual la humanidad ahogó sus bellas concepciones de la vida, para no pensar más que en la muerte.

Desaparecidos los últimos rayos de la brillan-

te época romana, la humanidad fué, poco a poco, hundiéndose en la sombra.

El arte, flor de luz y de sol, flor de salud y de alegría, no podía dar hermosos frutos en la obscuridad de la Edad Media, dentro de mentalidades perturbadas por ideas belicosas o fanáticas.

El arte, eterno reflejo del espíritu humano, no apagó, sin embargo, su luz en medio de esas tinieblas: irradió, como siempre, el espíritu de la época, representando el pensamiento de los hombre de aquel tiempo.

En algunos monasterios se mantuvo encendida la lámpara divina durante esa época negra de la historia; y los monjes de la Edad Media, apasionados de lo bello, traducían en asuntos místicos el sentimiento de su tiempo.

Se conservaba religiosamente la chispa divina en los viejos claustros de Italia, y esa chispa iluminó con un magnífico resplandor de luz, el mundo del «Renacimiento».

Los dioses resucitaron; la belleza, adormecida durante siglos entre clarines de combate y cantos religiosos, despertó triunfante, ataviada con un nuevo y brillante ropaje.

De las cenizas de la Roma pagana, brotó la Roma cristiana con su pléyade magnífica de artistas.

A los tipos de la belleza pagana sucedió el tipo dulce, maternal y delicado de la Madona» fuente de inagotable poesía y de noble inspiración para todos los artista del Renacimiento.

Recorred las obras de este Museo de Modelos y os encontraréis con «Madonas de Miguel Angel, de Donatello, del Verrochio, de Rosselino» en las cuales el sentimiento místico se auna con la más elevada concepción del arte.

Contemplad, señores, la poderosa savia de esos artistas del Renacimiento florentino, que cultivaban, al mismo tiempo y con igual maestría, todos los ramos del arte: que eran escultores, pintores, arquitectos, cinceladores, ingenieros militares, ingenieros mecánicos y que daban a todas sus creaciones un soplo de belleza.

Mirad hacia esa altísima cumbre donde se encuentra Miguel Angel, el más genial representante de ese gran despertar del ingenio humano.

A su sombra gigantesca se desarrolló una escuela de artistas y de patriotas que luchaban por la gloria y por la libertad de Florencia.

Todas las artes florecían conjuntamente en un espléndido consorcio, impulsando así la grandeza de la patria.

Miguel Angel tallaba la tumba de los Médicis, levantando al mismo tiempo el plano de las fortificaciones de Florencia; Benvenuto Cellini fun-

día en bronce el «Perseo», y cincelaba a la par, con una elegancia prodigiosa, obras de arte industrial; Ghiberti esculpía las filigranas de la célebre puerta de bronce del Batisterio y tallaba, a la vez, encajes de madera.

Recorriendo esta colección de modelos, encontraréis muestras de esas bellas producciones que os pondrán en contacto con el alma del Renacimiento.

El modesto Museo que hoy se abre a la contemplación del público, os enseñará la evolución del pensamiento humano desde los tiempos helénicos hasta nuestros días, si lo visitáis con espíritu de observación y con los ojos abiertos en las páginas de la historia.

A más de las esculturas y de los motivos arquitectónicos, encontraréis en las salas de este Palacio, cortando la línea un tanto monótona de los cuadros, algunos hermosos grupos de muebles de estilo: ejemplares que han sido copiados en los Museos de Versailles, de Fontainebleau, de Compiègne y del Louvre.

Hemos creído que era útil dar a conocer al público y a los obreros ebanistas, las admirables manifestaciones del exquisito gusto francés, que ha hecho del mueble una obra maestra de arte.

Nuestros artífices tendrán ante su vista her-

mosos modelos que contribuirán, sin duda, a educarles el gusto.

Ellos principiarán a venir a estas salas con un fin práctico, y poco a poco, a medida que vayan aprendiendo a mirar las obras clásicas, se irá despertando en ellos un sentido nuevo: el sentido de lo bello que existe latente en todo ser humano; pero necesita una voz que lo despierte.

He aquí uno de los nobles motivos de estos Museos: ser los «despertadores» del buen gusto en las alboradas de un pueblo que inicia su camino.

Ellos nos enseñan, con lecciones objetivas, la estrecha unión que ha existido en todas las épocas entre el desarrollo del arte y la prosperidad de los pueblos. Ellos nos hacen sentir las emociones de lo bello, que son, sin duda, las más duraderas, las más fieles y las únicas que acompañan al hombre en medio de las vicisitudes y quebrantos de la vida.

El hombre es una sombra que pasa, y a poco andar, se hunde en el misterio: sólo el arte le da luz y relieve, y, a veces, suele hacerlo inmortal.

